

La Esfera



Año VIII • Núm. 368

Precio: Una peseta



ALEGORÍA DE LA MÚSICA, cuadro de Filippino Lippi, que se conserva en el Museo de Berlín

Á LOS COLECCIONISTAS
DE
"LA ESFERA"

Con uno de nuestros próximos números repartiremos, **sín aumento de precio**, el índice de esta ilustración, correspondiente á los números publicados durante el año
1920

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á Hermosilla, número 57.

EL MEJOR REGALO



DE VENTA EN LAS BUENAS PAPELERÍAS



¡Mardito zea tu garbo y mardit tu figura; nunca más veas er zol, zi orvidas la PECA-CURA!

Jabón, 1.50. — Crema, 2.50. — Polvos, 2.50. — Agua cutánea, 5.50. — Agua de Colonia, 3.50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4.50, 6.50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, LICIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4.50, 6.50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).



ALFONSO FOTOGRAFO
FUENCARRAL, 6

Lea Ud. todos los miércoles **MUNDO GRÁFICO**



LO QUE MAS SE VENDE EN ESPAÑA

"LA MUJER EN SU CASA"

Se ha publicado el número de Enero de esta interesante *Revista de Labores*. Contiene, además de veintiún grabados de labores artísticas y de ropa blanca, catorce de trajes para baile y máscaras. Un artículo ilustrado de *Trabajos manuales*. Hoja de dibujos y Novela.

Precio del número suelto (sin labor): una peseta.

Pídanse prospectos á la Casa Editorial Bailly-Baillière, plaza de Santa Ana, 11, apartado 56, Madrid.

ESPAÑA
LA MEJOR COLONIA
CARMEN, 10, ALCOHOLERA

TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS
DE
Pedro Closas

ARTÍCULOS PARA LAS ARTES GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 73
Espacho: Unión, 21 **BARCELONA**

LA SIN VENTURA

(VIDA DE UNA PECADORA IRREDENTA)

NOVELA DE 350 PÁGINAS POR

"EL CABALLERO AUDAZ"

APARECERÁ MUY EN BREVE

Pedidos, al autor

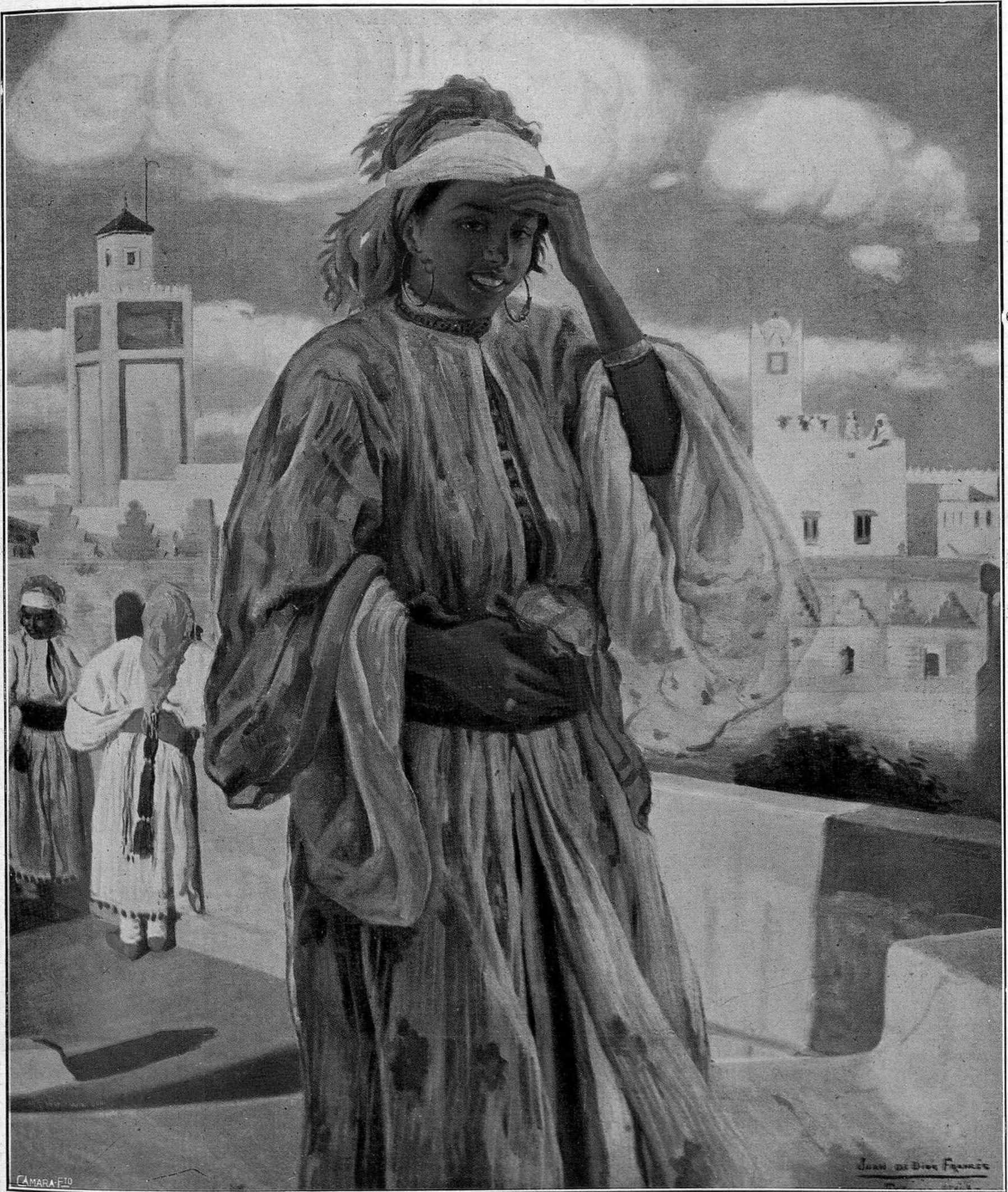
PRENSA GRÁFICA

La Esfera

Año VIII.—Núm. 368

Madrid, 22 de Enero de 1921

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



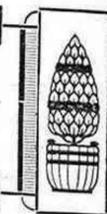
LA HIJA DE SARA

Cuadro de Juan de Dios Francés, que figuró en el último "Salón de Otoño"



DE LA VIDA QUE PASA

El trabajo como condena y el trabajo como liberación



MUCHAS cosas terribles nos enseñaba en la clase de Economía Política aquel profesor de la Central que se llamó D. Melchor Salvá, el cual empezaba por definirse á sí mismo el primer día de curso dándonos cincuenta y siete definiciones de su asignatura. Al acordarme ahora de D. Melchor, vuelvo, no ya al siglo xix, sino al xviii, y me imagino al noble anciano—con sus venerables barbas y su sombrero, prevenido ya para el primer saludo ceremonioso—poniéndole los puntos sobre las íes á Juan Bautista Say. Muchas cosas terribles nos hacía creer, pero ninguna lo era, tanto como el concepto que entre él y sus cincuenta y siete autores habían ido preparándonos acerca del trabajo. El trabajo era... ¡No! Libraré á mis lectores de la definición, que envuelve siempre cierto género de violencia. Basta acordarse de que para el grupo de los economistas, á cuyo paso marchaba de una manera bastante incorrecta el batallón estudiantil de don Melchor, el trabajo ha de ser penoso para que sea trabajo.

Y, sin embargo, en ninguna utopía lo es. En todas estas ciudades imaginarias, por donde me gusta tanto viajar que tengo proyectados un itinerario y una guía, el trabajo no tiene nada de penoso. Pero no hay que ir al mundo de William Morris, que es «el mundo de ninguna parte». Hoy mismo he visto á un obrero que, terminado su paro forzoso, se dispone á volver al trabajo, y está contento. «Está contento—me diréis—por el jornal.» ¡Claro! El jornal tiene gran importancia. ¿Quién podrá negarlo? Pero además está contento, no sólo porque va á ganar el jornal, sino porque va á trabajar. El hombre es así. Cuando ha aprendido á hacer una cosa, sobre todo si la ha aprendido bien, le gusta seguir haciéndola y llega á encariñarse con su trabajo, de tal modo, que en tiempo de huelga, voluntaria ú obligada, «parece que le falta algo».

El artesano puede ver en su oficio, para explicarse esa inclinación que no obedece sólo á la fuerza del hábito, lo que tenga de arte. El hombre sano en posesión normal del ejercicio de sus músculos, puede ver en su faena lo que tenga de deporte. El arte y el deporte son dos amigos, dos protectores, dos mágicos prodigiosos que transforman, aunque el can-

sancio y el salario quieran humillarla y envilecerla, la idea del trabajo.

Sí, querido D. Melchor. Cerremos los libros de aquellos economistas que parecían tan buenos y que en el fondo agravaban, con ferocidad de sabios, la condena del primer pecado. ¿Por qué ha de haber sólo una redención? ¿Por qué no ha de haber dos? ¿Y por qué no ha de consistir esta segunda redención en apartar del hombre la terrible idea de que siempre, ¡siempre!, ganará el pan con el sudor de su frente? El sudor de la frente es el símbolo del esfuerzo penoso que, á juicio de los economistas, caracteriza al verdadero trabajo. Es un sudor tan doloroso, que el Génesis lo empareja con el esfuerzo y el dolor de la maternidad. Adán ganará el pan con el sudor de su frente y Eva parirá con dolor. La civilización va dulcificando y burlando bastante una y otra condena. Pero puesto que

ahora se trata sólo de ganar el pan, admitamos que empieza una época poco dispuesta á ver en el trabajo un castigo, una maldición divina. Arte, deporte. Por encima de todo eso, deber social... Es decir, ejercicio que puede realizarse sin perder la sonrisa, y que si no puede realizarse así no debe realizarse.

El trabajo de los economistas era algo monstruoso. Su concepto les llevaba á transigir con Moloch, devorando á los trabajadores. Don Melchor Salvá no nos aclaraba bien su tesis. Si cuando él reunía sus definiciones experimentaba un placer, ¿podía decir que estaba «trabajando»? Si yo, ahora, en vez de un esfuerzo penoso, siento la alegría de producir, ¿tendré derecho á reclamar silencio para que me dejen «trabajar» tranquilamente? Esto es: cuando en el mundo no haya sino trabajadores, ¿se nos computarán como horas de trabajo estas que invertimos en un goce intelectual? Entonces los mineros, los poceros, los hombres del trabajo miserable y rudo, ¿creerán que los otros trabajos son trabajo? Cuando ese caso llegue pueden ocurrir sucesos muy extraños, entre ellos el de que se clasifique á los obreros intelectuales y se pague mejor, no á los que mejor trabajan, ni siquiera á los que produzcan mejor obra, sino á los que pasen más trabajos para trabajar. De esta manera es probable que muchos, y no los más buenos, salgan ganando.

Pero ese día, si todos trabajan, no sólo quedarán burlados los economistas, sino también el propio Lenin, que al establecer la obligación del trabajo para los ricos, como procedimiento de «sitiar al capital» y de «obligarle á rendirse», continúa definiendo el trabajo como un economista. «No retrocederemos ante nada, señores burgueses—les dijo al empezar su faena, una faena para él muy agradable—, hasta enseñaros á trabajar».

Por de pronto, id quitando la nieve de las calles. Más adelante ya encontraremos otras faenas para vosotros.» Y en la fruición de sus palabras se ve que todavía siguen considerando el trabajo como un castigo y que lo aplican como pena, como venganza, á modo de desquite, en la hora del triunfo.

Por de pronto, id quitando la nieve de las calles.

Más adelante ya encontraremos otras faenas para vosotros.»

Y en la fruición de sus palabras se ve que todavía siguen considerando el trabajo como un castigo y que lo aplican como pena, como venganza, á modo de desquite, en la hora del triunfo.

Luis Bello

NOTAS DE SOCIEDAD



La señorita Adela Lazcano y Rengifo, hija del ilustre abogado y diputado á Cortes D. Felipe Lazcano, y D. Luis Soler Puchol, hijo del eminente doctor del mismo nombre, durante la ceremonia de su enlace, verificado en Madrid el día 15 del actual en la iglesia del Sagrado Corazón

FOT. CAMPÚA

LAS GRANDES ACTRICES EXTRANJERAS



CAMILA QUIROGA

Ilustre actriz argentina, que al frente de su notable Compañía de dramas y comedias se ha presentado al público madrileño en el Teatro de la Princesa, obteniendo un éxito tan grande como merecido

LA VIDA ARTÍSTICA
EN MADRID Y EN BILBAO



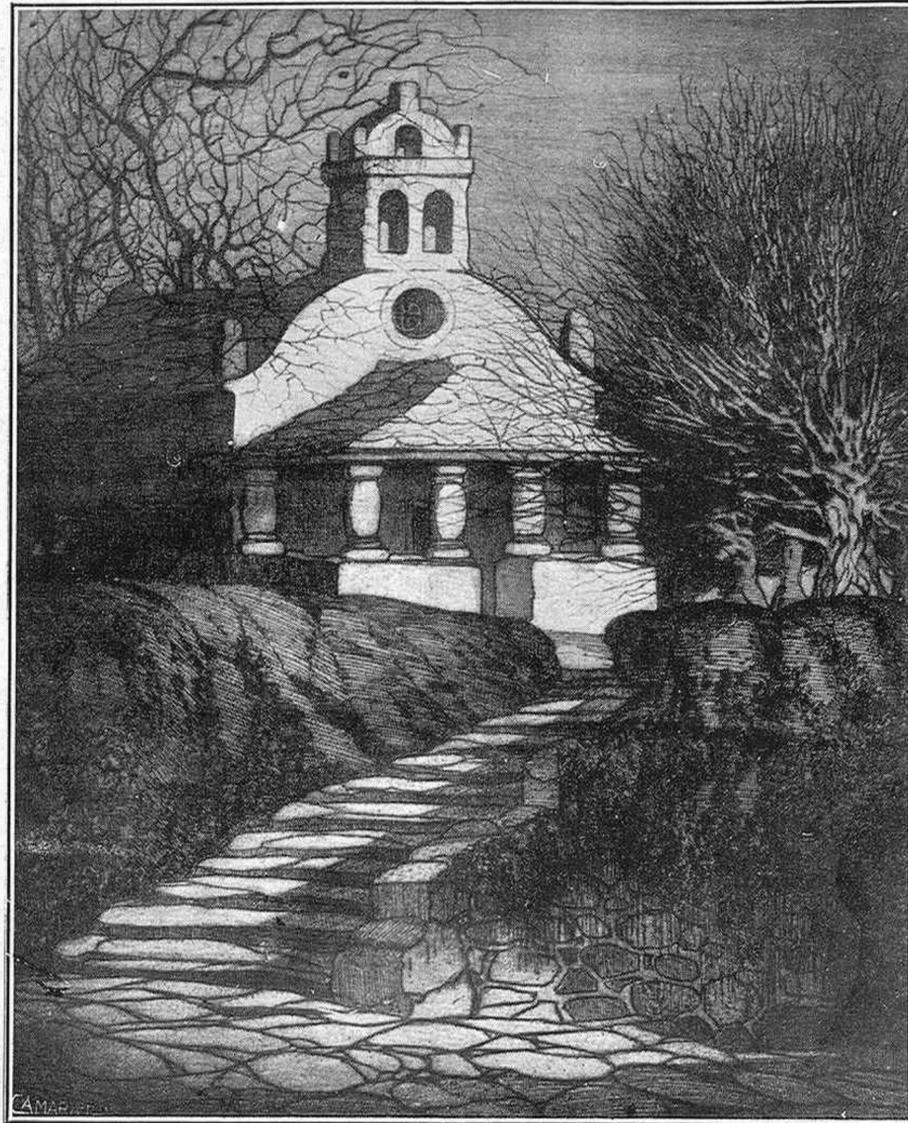
MANUEL CASTRO GIL
Que ha obtenido el primer premio en el Concurso de Grabado del Círculo de Bellas Artes

CRISTÓBAL Ruiz ha dado el resplandor sonriente, el candor tibio de su pintura, á ese lóbrego é incapaz Saloncito del Ateneo, donde todavía se obstinan en exponer los pintores.

La gente ha entrevisto nada más la pintura de Cristóbal Ruiz. Superficialmente ha encontrado en esos paisajes diáfanos, optimistas—de un exaltado panteísmo que naciera debajo de la capucha franciscana del Beato de Asís—, y en esas interpretaciones cariciosas de la esposa y de la hija del artista, el recuerdo de dos obras de Cristóbal Ruiz intercaladas—¡y premiadas!—en los heteróclitos Certámenes Nacionales de 1917 y 1920: *La Cancha* y *Tierras de labor*.

Pero hay algo más que esa lógica correlatividad de temas y procedimiento. Hay todo un credo estético; la afirmación—no por suavemente expresada menos enérgica y rotunda—de un cordialísimo temperamento de artista y de una sutilísima retina de colorista.

Rara vez hemos visto expresada la luz de Andalucía—de la verdadera Andalucía desliga-



“La iglesia de Macoucos” (Galicia), aguafuerte de Castro Gil

da de panderetas y cromos de colmado—como en los cuadros de Cristóbal Ruiz.

El pintor es andaluz. Un andaluz que ha conservado su integridad racial hasta en el acento verbal, en medio de varios años de estada parisiense. Inconfundiblemente andaluces sus paisajes de la provincia de Jaén, que no suelen conocer los turistas de Semana Santa y Corpus.

La luz tiene una potencialidad serena, clara y cantarina en esos cielos y esos llanos extensos



GREGORIO PRIETO
Que ha expuesto varios paisajes en la Asociación de Artistas Vascos, de Bilbao

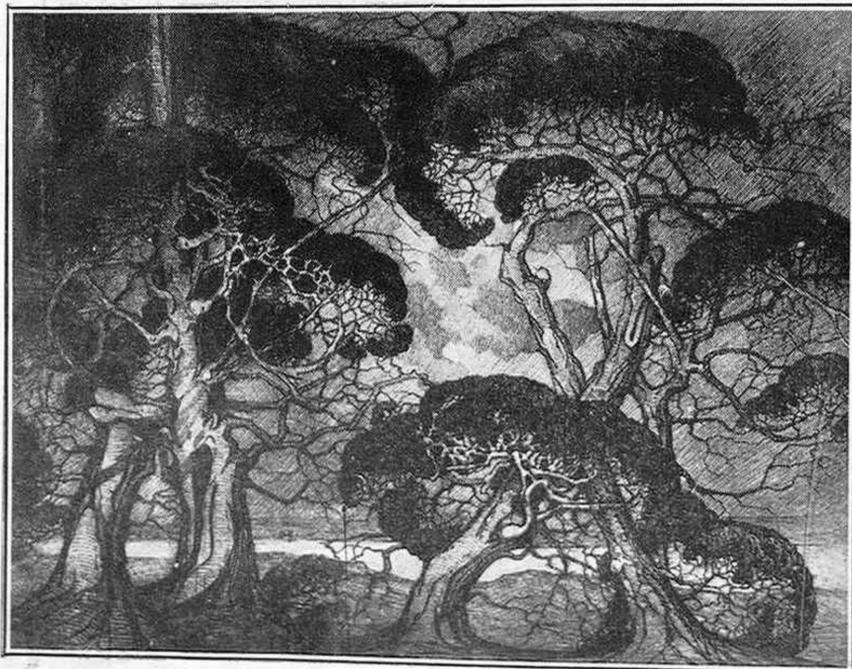
que pinta Cristóbal Ruiz. Su pintura es como una copla de amanecido, como vuelo de alondras...

Y—lo hemos dicho otra vez— como oración. Al lado de estos paisajes, Cristóbal Ruiz ha expuesto algunos cuadros de figura: su esposa, su hija, retratos dotados de un amor cándido y tierno. Siluetas claras sobre fondos grises ó cálidos que tienen algo de la dulzura íntima de los primitivos italianos, sin su recargada suntuosidad, y que también hacen pensar en un goyismo sin cóleras ni turbulencias.

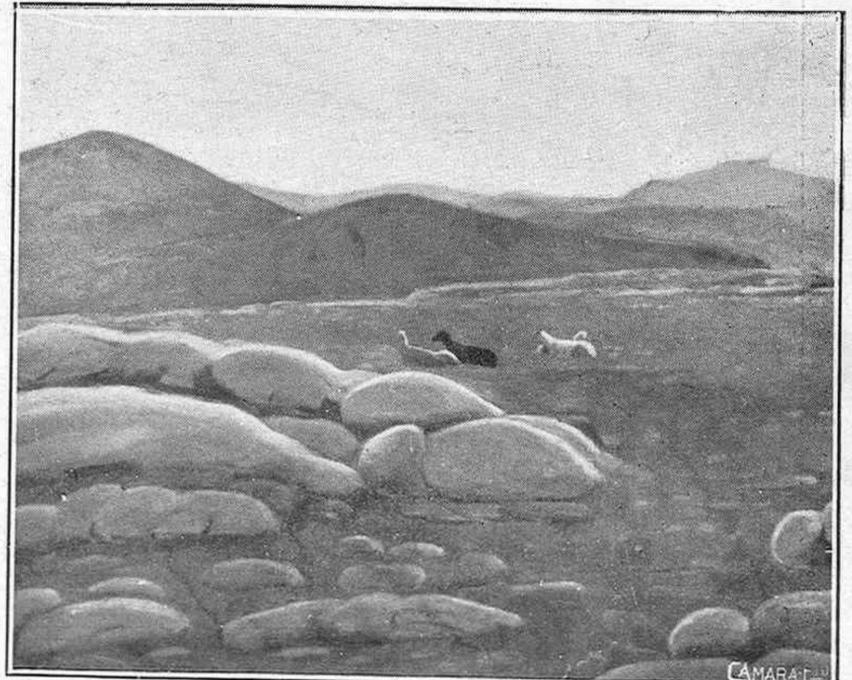
ooo

La Sección de Grabado del Círculo de Bellas Artes convocó á un concurso para premiar las mejores obras de buril, aguafuerte y grabado en hueco que se presentaran. Concurrieron los grabadores Esteve Botey, Castro Gil, Pedraza, Navarro, Mingo, Vera, Colás, Cuervo, Muñiz, Velázquez, Pascual, Lobo, Cámara, Llor, Colinas y otros.

El Jurado, compuesto de los señores Uría, Vaquer, Oroz, Rui Pérez y Gisbert, otorgó los primeros premios, por unanimidad, al aguafuerte titulado *La iglesia de los Macoucos*, original de



“Laguna de los pájaros”, aguafuerte de Castro Gil

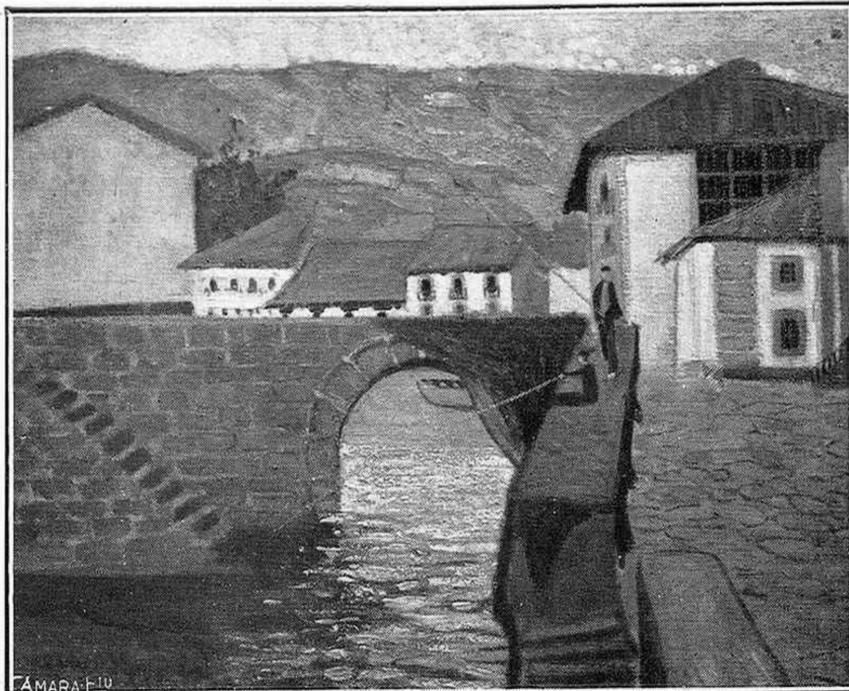


“Una majada en las cumbres”, paisaje de Cristóbal Ruiz

CAMARAT



"Casas del puerto"



"Los pescadores"

(Cuadros de Gregorio Prieto)

Castro Gil y á la medalla, representativa de una alegoría del grabado, obra de Carlos Mingo.

Obtuvieron «accésits» los trabajos de Navarro y Colinas y se concedió á Pedro Pascual la cuota de ingreso en la Sociedad.

Este nuevo triunfo de Castro Gil, tan victoriosamente destacado en otros Certámenes y Exposiciones, nos causa el placer de recordar la personalidad bien definida del joven maestro gallego.

Castro Gil es tal vez el libertador del aguafuerte, el que, amándole y conservándole sus cualidades íntegras y fundamentales, le otorga una amplitud de concepto que todavía no tenía en España.

Desde sus primeros ensayos, balbuceantes, tímidos, en una penumbral indecisión ó en ese violento y seco contraste de clarooscuro que consideran los adocenados la única expresión del aguafuerte, Castro Gil ya tenía la impaciente rebeldía de sus creaciones futuras.

Así, rápidamente, se ha ido desligando de contactos y parecidos escolásticos; ha buscado en las líneas ondulantes de la Naturaleza, en las viejas arquitecturas de su tierra norteña y en las elucubraciones de los poetas, sus motivos para la fantasía del grabador.

Y, naturalmente, con una sólida base de lo que hay de oficio en el grabado. Porque sólo así, con un espíritu de artista y una firme educación técnica, se pueden lograr esas páginas, románticas ó realistas, de Castro Gil.

ooo

Por segunda vez expone Gregorio Prieto en Bilbao. Este joven paisajista se ha ido formando á sí mismo con algunos estímulos ajenos: la camaradería con Frau y Pérez Rubio, en el Pensionado del Paular; el haberle rechazado el Jurado un tríptico muy bello en la última Nacional, etcétera, etc.

La cercanía de sus comienzos no presupone demasiado impersonalismo todavía. Prieto, desde sus primeras notas, expuestas en un conjunto de obras de alumnos de la Escuela de San Fernando, el año de 1917, tenía un acento propio.

Luego ha ido ahondando en la preferencia por los temas de jardines floridos, fructificados de oro: estios fecundos, otoños melancólicos.

Prieto siente indudablemente preferencia por lo que pudiéramos llamar una *visión rubia* de la Naturaleza. Esa blanda voluptuosidad de las mujeres rubias es la que sugiere su pintura.

Bilbao le fué útil. La luz del Norte, esa austeridad que Vizcaya conserva en medio de su trá-

fago de siempre y de su transitorio y escandaloso arribismo de las nuevas riquezas repentinas de ahora, le han aquietado el algo infantil arrobo de sus jardines.

Así, á esta segunda Exposición lleva lugares costeros de Vizcaya. Y sobre los amarillos rutilantes de ayer va poniendo azules densos, y grises finos, y verdes marítimos...

ooo

En las Escuelas de Aguirre se exponen conjuntamente las obras de los alumnos de la Escuela de Cerámica y de la Escuela Municipal de Artes Industriales.

Estas obras las han realizado durante los meses de Agosto y Septiembre en Agreda. Como los años anteriores, este grupo estusiasta de jóvenes que dirige la inteligencia vivaz y el espíritu cultísimo de Francisco Alcántara han ido á buscar en un pueblo, típicamente español, los motivos raciales del paisaje y de las figuras. De este modo, cada vez se concreta más, se define mejor el propósito del ilustre crítico: dotar á ese arte tan bello de las cualidades características que borran un poco las sugerencias extranjeras.

SILVIO LAGO

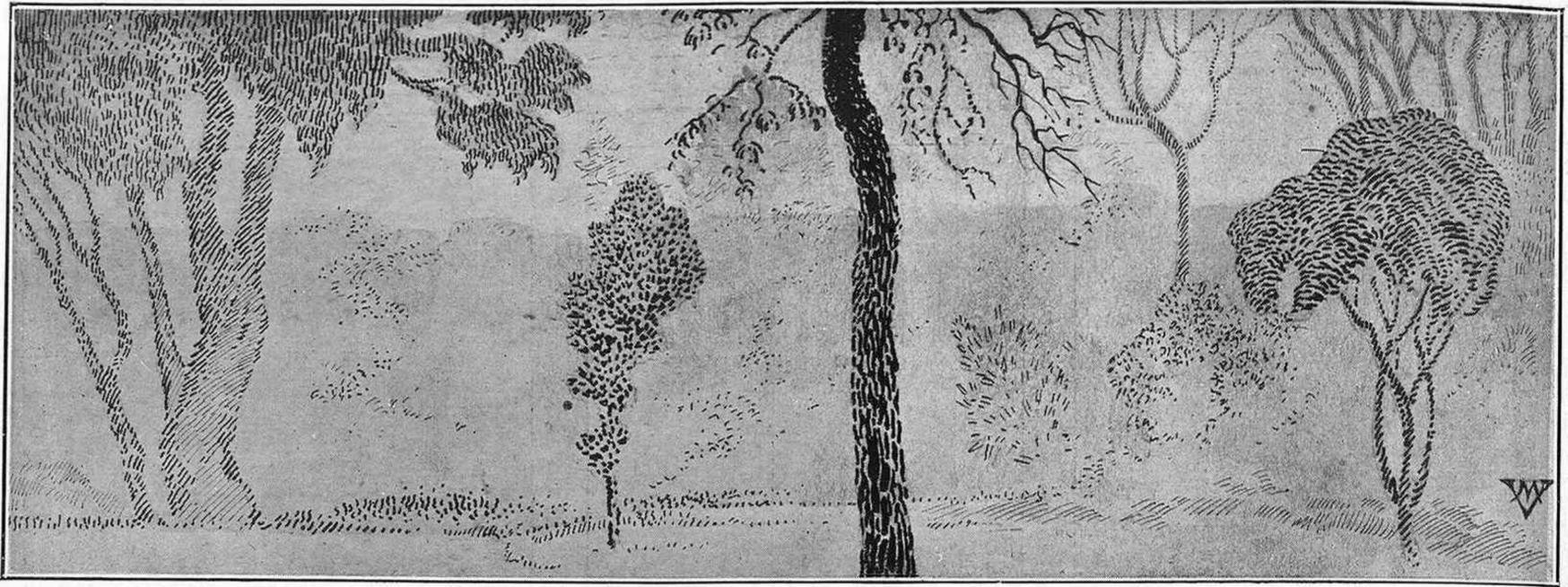


"Interior"



"Retrato"

(Cuadros de Cristóbal Ruiz)



INTERIORES Y RINCONES

LA NIEBLA

PASA en un día del Diciembre madrileño. La ancha avenida, esfumada por la niebla, no se decolora por completo, no llega al gris absoluto de París. Si el color canta con sordina muy quedamente y desaparece de muchas retinas, resulta aun quizás más encantador para las sensibilidades delicadas.

Quiétude y sosiego en un ánimo propicio á los ensueños.

Se abre una cancela y penetramos en un jardín encantado. La riqueza de color aumenta. De entre las indecisas masas de los árboles y otras plantas surgen mil genios alegres y graciosos, que nos invitan á fundirnos con la niebla y á gozar con ellos de su encantadora vida irreal, preñada de placeres insondables.

Vagamos soñando bajo los árboles. Instintivamente nos separamos de una construcción que presenta unas amplias gradas que nos invitan á la intimidad de un interior, y nos dirigimos hacia una casita humilde, de ladrillos, casi tapizada por la hiedra. Cerca de la misma hay grandes bloques de mármol, como gigantescos terrones de azúcar.

LAS LLAMAS

La casita se une á un cobertizo, ó mejor, ésta no es tal casita, sino una parte cerrada del mismo. El aspecto general nos intriga. ¿Qué será? Penetramos, surgiendo ante nuestros ojos un horno sin fuego, y abierto. Un montón de leña á un lado, ladrillos en el opuesto, vasijas y herramientas. El horno descansa después de una dura lucha entre la leña inflamada y la llama de una idea tenaz. ¿Es esta la mansión de un brujo que en un rincón del jardín encantado conspira contra el esplendor del vecino palacio? Miramos á nuestro lado, alrededor; escudriñamos minuciosamente todos los rincones; nada nos indica la función del horno; nada encontramos que pueda orientarnos respecto á los productos que del mismo salen. Pero insistiendo, descubrimos, por fin, comounazulejo, un bajo-relieve, en el que parece vibrar algo intensamente, pero que amortiguado por una densa capa de polvo, toma el color terroso general de todo lo que nos rodea. Sacudimos la superficie con un pañuelo, y súbitamente flama ante nuestros ojos una movida escena andaluza.

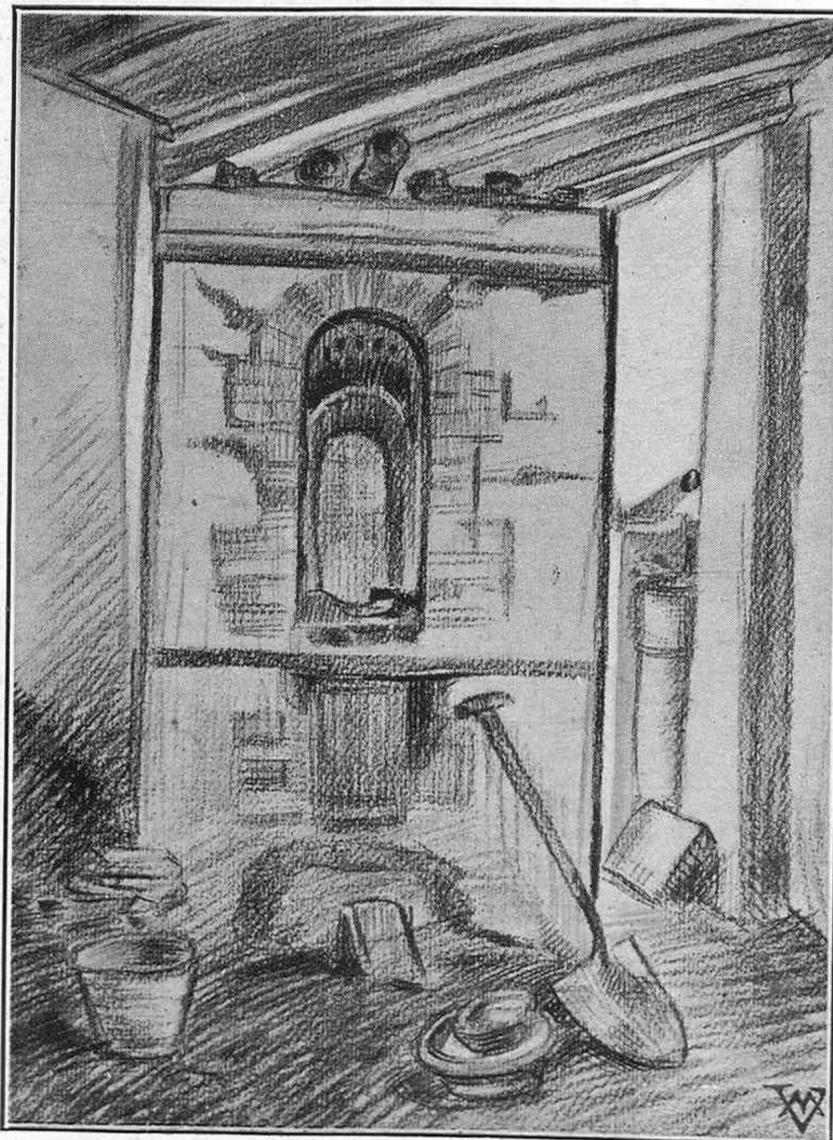
Dos bailadoras, arrebatadas y sensuales, destacan luminosamente sus carnes, envueltas por chispeantes mantones y con amplias faldas que ondulan al compás de un ritmo agitado; y por fondo, el misterio de la noche en un poético jardín. Pero, ¿cómo está aquí esta obra de arte abandonada y despreciada? ¿Sabemos, por ventura, las intenciones del mago que manja el horno? Para muchos, este bajo-relieve vidriado sería su obra capital, y aquí lo vemos abandonado como un simple ensayo, como una prueba. Tres llamas han luchado entre sí: la llama de la danza andaluza, la del genio que quiso cristalizarla y la del horno que resuelve en

última instancia el trabajo del artista. Una, es la vida misma, siempre distinta y cambiante; la otra, el entusiasmo y amor del artista por la primera, y la última llama es el símbolo de las fuerzas naturales que el hombre lucha para dominar y se esfuerza en aprovecharlas para marcar sobre la materia más dura y resistente las huellas de su personalidad. ¡Ah! Esta llama del horno, fuerza ciega y destructora, ¿con qué ansiedad se la vigila, cómo la voluntad se esfuerza en dominarla, para que al fundirse los vítreos colores, no se precipiten unos sobre otros, y, por el contrario, llegue la fusión al punto justo en que la rica materia conservará para siempre la más leve intención del artista!

¡El estado de nuestro ánimo ha cambiado; la excesiva placidez producida por la dulce humedad de la niebla y la visión de las masas que en ella se funden en suave gradación de tonos, se ha trocado por cierta agitación interna, por una elevación de tono en el espíritu; no en vano atravesó la densa capa gris una ráfaga de aire andaluz, cálido y perfumado! Esto nos despierta de los ensueños; y, recobrando plena conciencia de nuestros propósitos, nos dirigimos y penetramos en la construcción vecina.

ESPECTROS?

Pero no solamente la niebla se hace más densa, sino que, además, el cielo se oscurece; oscuridad que en el interior se acentúa. De un vestíbulo con vidrieras pasamos á un gran salón. La luz es muy escasa. Quiétude en la oscuridad misteriosa, pero con el ánimo inquieto. No obstante, la estancia está animada. Pero ¿son seres vivientes ó sólo espíritus estas apariencias humanas que, como un vapor blanquecino, emergen de las sombras? ¿Son unos espectros? No son pavorosos: son bellos y amables. ¿A qué personas se refieren? Algunos se refieren á personas que ya no son de este mundo. Vemos á Montero Ríos, pero descubrimos á otros políticos actuales. Vemos personajes pertenecientes á la aristocracia y á la milicia, eminencias científicas, grandes artistas, damas de abolengo: una evocación de nuestro mundo oficial representado por la gente que brilla más en la sociedad. También América tiene sus embajadores en esta reunión solemne. Pero, ¿quién lo preside todo? ¿Quién está en el centro? En proporciones agigantadas está un maestro de Escuela mirando cariñosamen-



te á un grupo de niños de diversas razas. ¿Es el mismo Pestalozzi? ¿Quién sabe! Muchos personajes no le miran. El tampoco se fija en ellos. Pero, ¿por qué está aquí? ¿Será todo una evocación del mago?

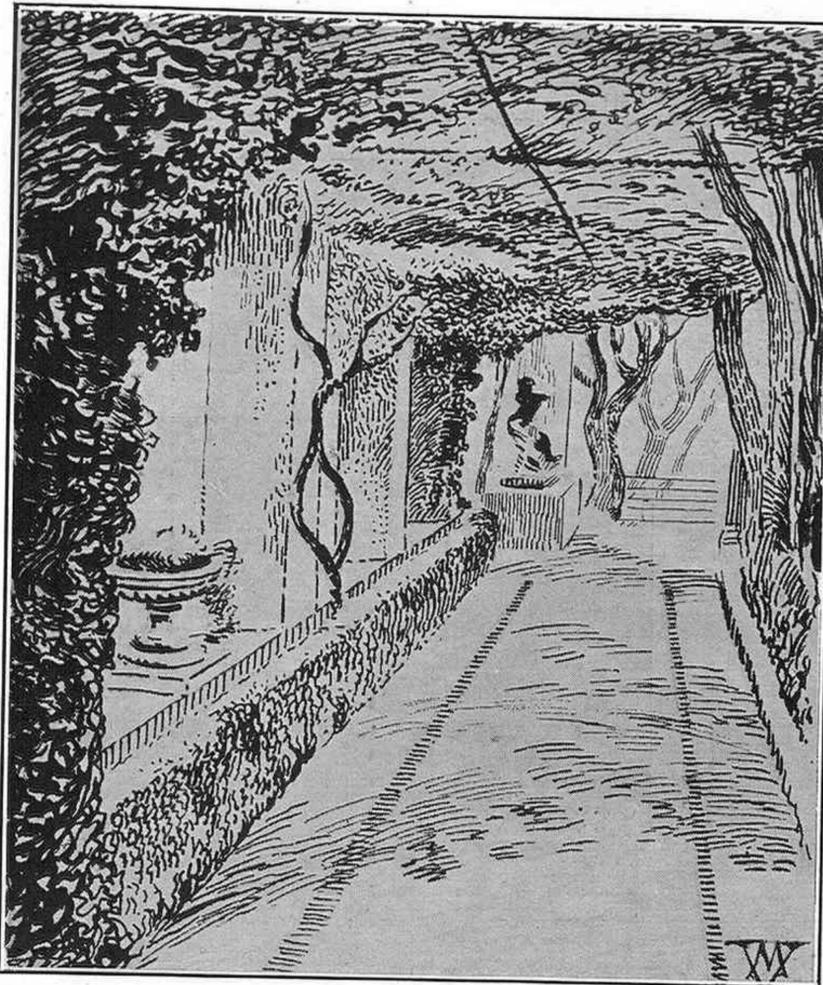
Pasemos á otra sala, también poblada de apariencias humanas, con más personajes, aunque también en ella se generaliza una representación total de la vida con la alegría y el dolor.

EN LA INTIMIDAD DE UN ESTUDIO

Ya en otra sala, donde, como una nube, se nos presenta Sorolla, subimos por una escalerita, llegando á una habitación más reducida que las anteriores.

Hay más luz. El aspecto de la habitación es de un Estudio. Un sitio para trabajar. Pongamos nuestro espíritu á tono con la intimidad que emana de lo que nos rodea. Un gran silencio reina, sólo alterado por un leve ruido metálico que suena á intervalos muy distantes. ¿Quién trabaja detrás del bastidor? Avanzamos quedamente unos pasos hacia el fondo, ladeándonos á la derecha, y vemos á Mariano Benlliure, absorto, retocando unas ceras muy pequeñas. Vamos á saludarle; pero retrocedemos, no queriendo turbar su labor. En una mano tiene un niño de cera del tamaño de un dedo, delicioso, encantador; con la derecha coge un hie-recito, que coloca junto á una tenue llama, y toma otro, que aplica después sobre los tiernos miembros, formándose con el contacto pequeño vapor de cera que perfuma el aire. ¡Cuántas maravillas hemos visto surgir de estas manos!

Ahora podemos ver perfectamente lo que en parte nos ocultaba el bas-



tidor: es un retrato del Rey, en yeso, y á su lado otro del mismo, en ejecución, cubierto con unos paños.

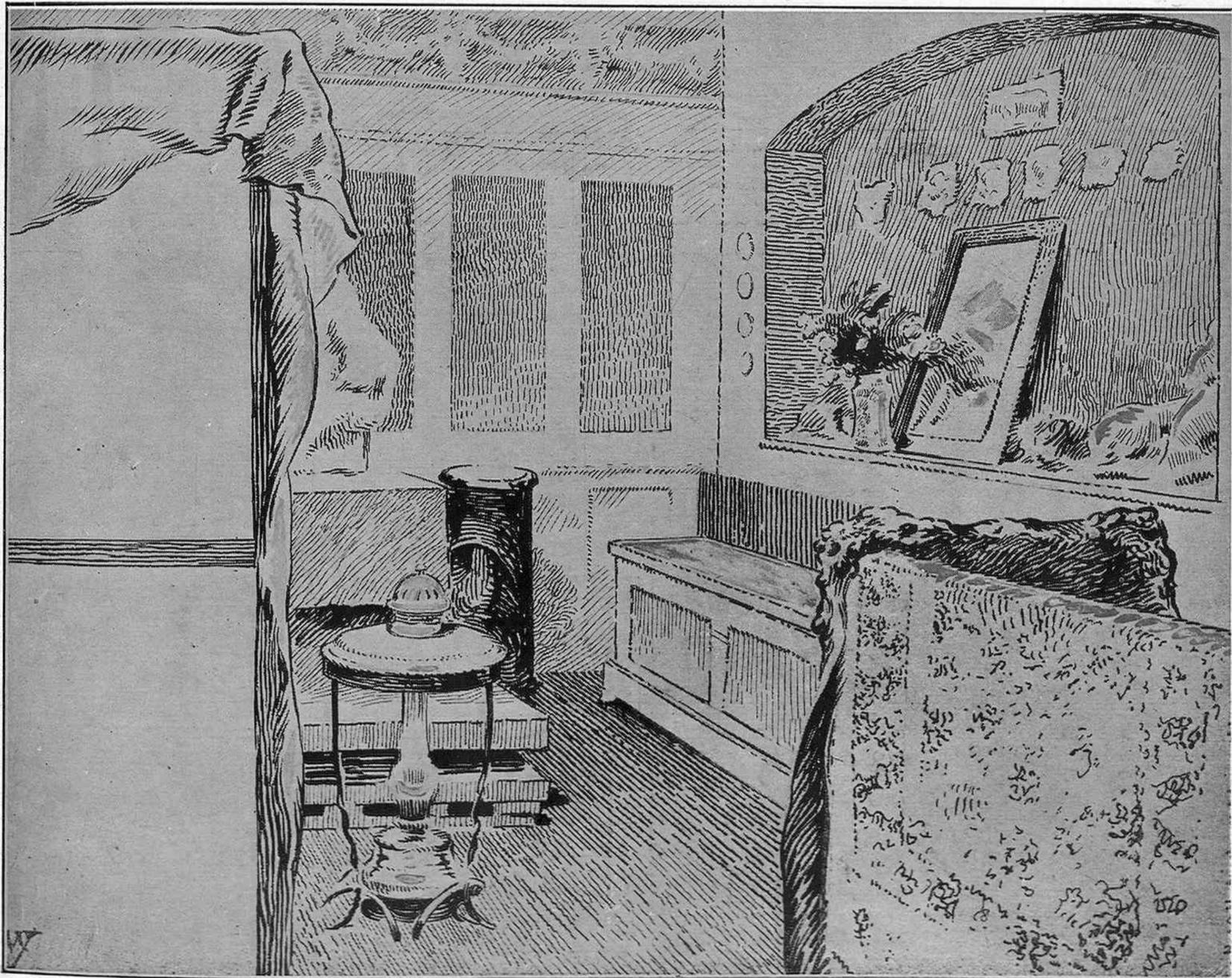
SOL Y FECUNDIDAD

Se ha desvanecido el misterio. El día nos acompaña, pues nuestro sol incomparable no consiente ya que sus rayos continúen interceptados. Bajamos la escalerita, y en las salas de abajo, con la luz, los espectros, convertidos en obras del artista insigne, nos invitan á la contemplación. Dejemos que la belleza impresione nuestro espíritu...

La luz aumenta. Los personajes se animan, y pensando en lo anecdótico del arte, surgen en nuestra imaginación los originales de estos retratos; vemos á los políticos eminentes buscando en el arte y en la amistad un oasis de paz en sus querellas, aquí, en esta casa, donde de paso se han resuelto algunas crisis ministeriales... Pero ya no nos acordamos de los políticos, frente á la intensa vida plasmada en unos bronceos representando escenas de toros. De éstas á los niños encantadores, ¡qué extensión! Nos admiramos por la extraordinaria fecundidad.

Salimos. El sol brilla como en primavera. ¡Oh, los claros días del invierno madrileño! Los genios que surgían tímidamente de la niebla son esculturas diseminadas entre las plantas. Muchos niños. Niños con guirnalda cargadas de frutos, parejas enamoradas besándose. Emparrados, bancos cubiertos de azulejos. Mucho color. Fantasia esplendorosa. Es Valencia, lo mejor del espíritu de Valencia; la fértil, la de las hermosas mujeres y la de los exuberantes naranjos.

VÍCTOR MASRIERA DIBUJOS DEL MISMO

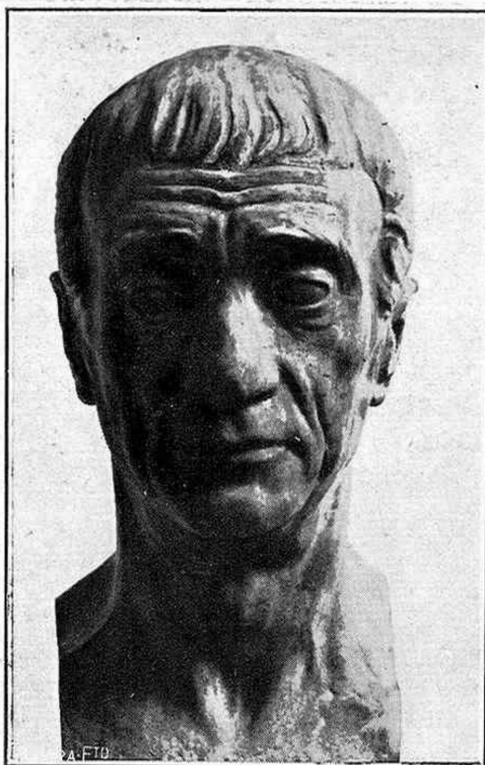




UN ESCULTOR ESPAÑOL
VICTORIO MACHO



"El poeta Morales"



"El pintor Iturrino"



"La esposa del artista"

EN el Museo de Arte Moderno exhibe actualmente Victorio Macho un conjunto expresivo de toda su obra.

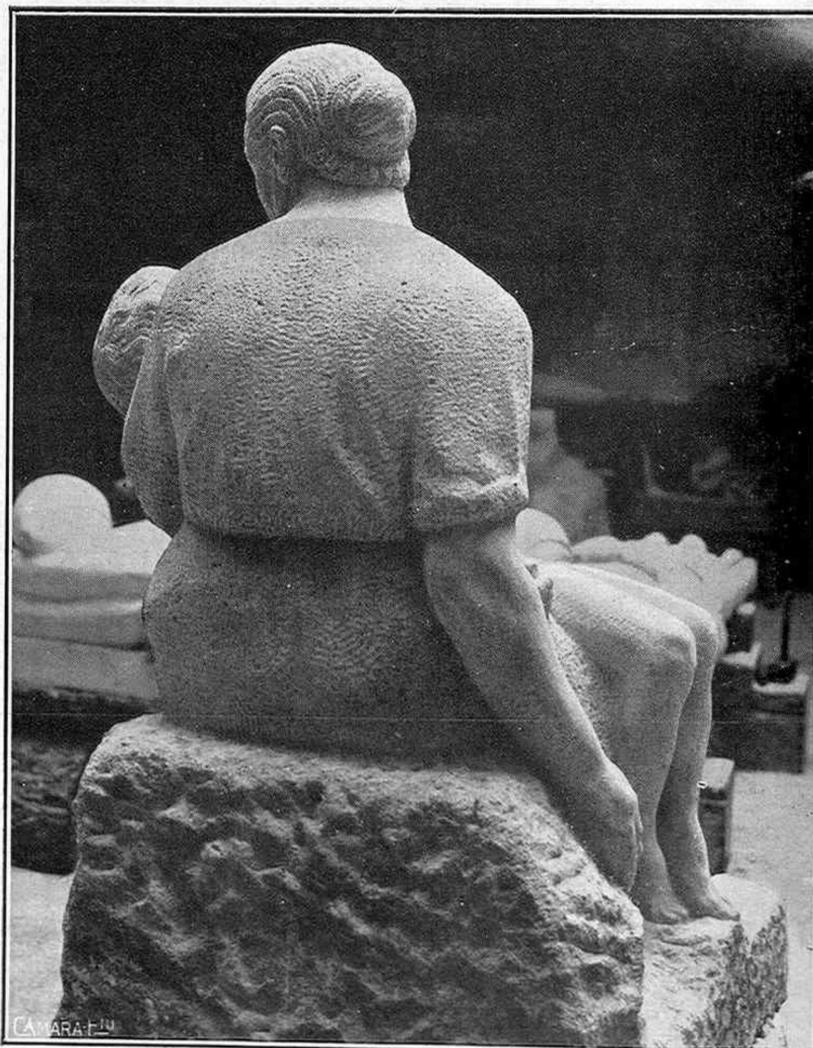
Exposiciones como esta, totalizadas seriamente—sin premuras ni repeticiones demasiado recientes, que vengan á resumir varios años de una labor tensa y un noble desdén frente á los éxitos fáciles, solicitados por otros artistas á cada momento—son las que deben hacerse y las que deben comentarse.

Empiezan ya á sentir fatiga los críticos y los escasos aficionados de consciente responsabilidad por ese aluvión de bocetistas y mercaderes embrionarios que, al amparo de una prensa benévola, se asoman cada quince días en los Salones de Madrid, Barcelona y Bilbao.

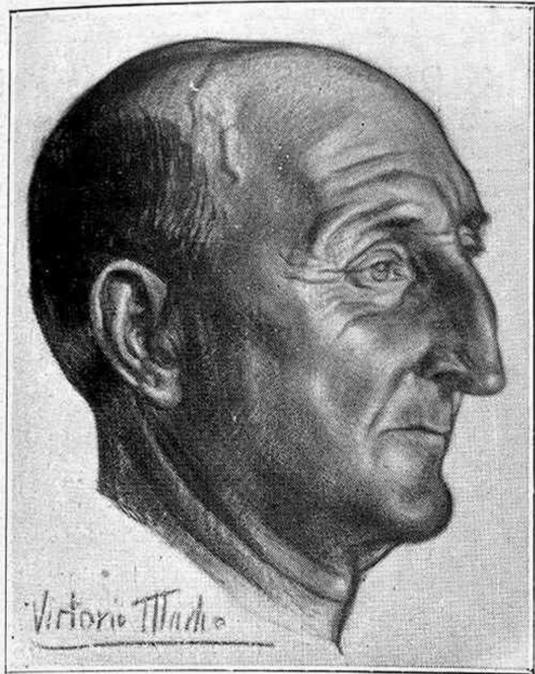
Pero Exposiciones como la de Cristóbal Ruiz, en el Ateneo; cual esta de Victorio Macho, reintegran la emoción estética y el sentido elevado del arte á su capacidad y valor exactos.

Por primera vez Victorio Macho consiente á las miradas desconocidas la contemplación de sus esculturas. Su taller no estuvo nunca sino entornado para una selección previa de visitantes que él, con toda orgullosa sencillez, consideraba en la misma ruta espiritual.

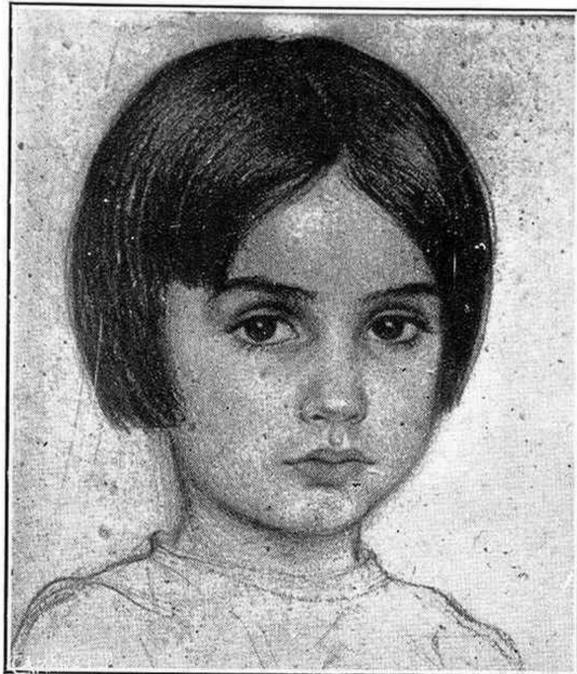
Pero nada más. Diez, doce años ha trabajado sus mármoles, sus bronce; ha ido dibujando esas recias testas de hombres y mujeres puros de racialidad, que tienen la fuerza expresiva, la



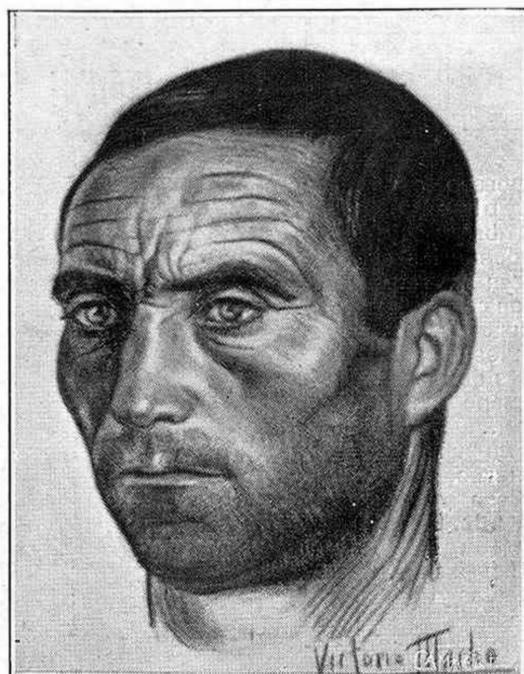
"Piedad", grupo en piedra, con destino al Instituto Llorente



“El hermano del obispo”



“Mi sobrinito Angelín”



“El sembrador”

maestría técnica, el vigor perdurable de los retratos de Durero ó de Holbein.

Era el seguro, el legítimo despreciador de Certámenes y recompensas. Jamás se encuentra el nombre de Victorio Macho en las ferias bienales de las medallas.

Cuando su generosa donación á Madrid del monumento á Galdós—¡oh, el frío silencio, la falta de eco para Galdós al año de morir el maestro; esa yerta indiferencia de la sordomuda España, amputada de su sensibilidad por tanta abyecta abdicación como viene haciendo desde el comienzo de la guerra!—, la gente, no enterada de antemano, sufrió una sacudida.

Esta estatua de Galdós, con la esencialidad profética de su concepto, con el enérgico simplicismo—al que sólo se ilega después del maravilloso dominio de su arte que posee Victorio Macho—de su forma, fija el advenimiento á la escultura española de un gran artista, del creador de seres representativos y de grandes ideas abstractas que concretan los monumentos públicos. El gran artista capaz de la expresión individual en el busto, en la testa, aislado, destacado de la muchedumbre simétrica; pero capaz también de abordar, sin futuros rubores para su nombre, el juicio público en los espacios libres de las ciudades y de los parques.

Después de dejar en el Retiro—¡simbólico nombre para el héroe inmortalizado y el artista que recordará plásticamente esa inmortalidad!— el volumen sinfónico de su Galdós, Victorio Macho torna á la voluntaria reclusión. Las esculturas sucesivas continuarán todavía algún tiempo apartadas del contacto popular.

El ciclo de su primera época no se había cerrado aún. Y Macho tiene—afortunadamente

para él y para el logro de lo que viene á representar en la historia del arte contemporáneo—el respeto de la gestación. El mismo ha dicho: «Aprendamos á interrogar al mármol tal como surge de la cantera. Contemplémosle con un sentimiento religioso; no destruyamos sus bellos planos; no profanemos la santa pureza de sus entrañas para grabar en su blancura divina ideas torpes ó vulgares. Por el contrario, mirémosle como algo sagrado y misterioso y así nos mostrará su milagro.»

□□□

Cierra el ciclo de la primera época de Victorio Macho la estatua yacente de su hermano. En esa escultura admirabilísima, que no vacilo en dípitar como una de las más perfectas obras de la estatuaria española—de ayer y de hoy, naturalmente—, culminan el grave sentimiento especulativo y la pericia técnica del artista. Obra de tal magnitud ideológica, de tan suprema potencialidad estética, no consiente la exégesis simultánea, aunque la simultaneidad atañe á obras del mismo escultor. Dejemos para otro artículo el comentario de ella, como ya el propio artista le aísla en el conjunto magnífico de las anteriores ó coetáneas.

Victorio Macho se da íntegramente por primera vez á las miradas ajenas. Desde la testa broncea de *Rafaelillo*, producto—cetero, desde luego—de la adolescencia, hasta la rígida, la española—de un españolismo que llamaremos *grequial* prolongando en el espíritu y el arte de un escultor de hoy la visión aguda del pintor cretense del siglo xvi—silueta del hermano muerto, creación sólida y perdurable realizada en el umbral de su madurez.

Aquí, los hombres de Castilla y Vasconia, la

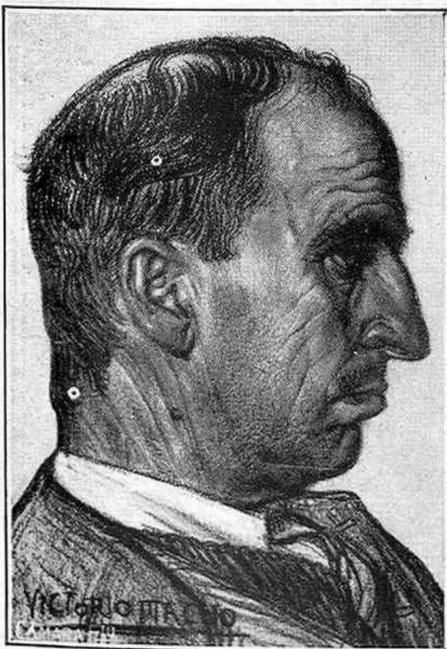
estatua serena de la madre, la estela funeraria del mausoleo á Llorente, los dibujos y los motivos galdosianos. Pero aquí también los retratos de los pintores Arteta, Iturrino y Nieto; del poeta Tomás Morales, la cabeza áurea de su esposa y la fuerte, la voluminosa *Piedad* con el hijo que se la muere en el regazo maternal.

Nos halaga evitar el comentario de las obras anteriores ó simultáneas del monumento á Galdós, porque antes que nadie en nuestros escolios pretéritos de LA ESFERA (1), hemos hablado varias veces de Victorio Macho. Exaltamos la entrañable racialidad de su arte, la profundidad mental que revela ese lento examen de la psicología española á través de las almas conservadas intactas. Observamos hasta qué punto el ilustre escultor adquiría esa amplitud conceptiva y esa eliminación progresiva de elementos no estatuarios que puede apreciarse en los dos monumentos á Galdós—el Galdós mortal, pero en el tránsito de su inmortalidad que vemos en Madrid; el Galdós inmortal ya, que en gigantescas proporciones de poema clásico verán las Islas Afortunadas—y que se ratifican en *La Piedad*.

Y del mismo modo son consecuencia perfeccionada y culminante de aquellas testas de hombres del agro y del mar, mujeres humildes y damas hogareñas, la cabeza faunesca de Anselmo Miguel, el criollismo burlón y enfático de Tomás Morales, y esa genial pureza clásica, animada por un chulón desgarrado de frecuentador de cosos taurinos, que tiene la cabeza portentosa del pintor Iturrino.

José FRANCÉS

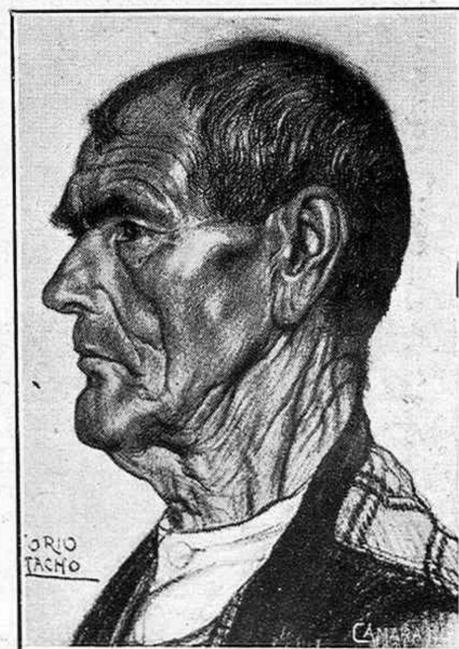
(1) Véanse los núms. 201, 220, 233 de Noviembre 1917, Marzo 1918 y Enero 1919.



“El alcalde de Teso Augusto”



“Acorde en piedra”



“Pastor de Alba de Tormes”

VISIONES TOLEDANAS
LAS DOCE DE LA NOCHE EN LA PLAZA DE PADILLA

TOLEDO está todo oscuro y tenebroso bajo un cielo donde las estrellas fingen la sembradura de un campo de plata... Cruzamos las calles tortuosas y silentes, todas dormidas bajo el solemne reposo de la hora... Dormidas y mudas en su recogimiento nocturno, pero no herméticas y hostiles al visitante. La soledad y el silencio proceden aquí de las costumbres honestas y del obligado recogimiento á prima noche que impone la vida patriarcal de provincia; no de la hosquedad de los caserones cerrados, con sus portones impenetrables... ¡Ah, no!... Dato curioso de Toledo, que no sé si algún otro visitante habrá notado: la mayor parte de las puertas toledanas, aun las de las callejuelas más recónditas y de las costanillas más apartadas, están hospitalariamente abiertas, como acogedoras, como confiadas en su propio decoro, seguras de que ningún intruso ha de violar la morada—tal que doncellas castas, tan seguras de sí mismas que no ponen valladares á su trato y comunicación con el visitante...

Entreabiertos los portones que comunican con la calle, se entrevén en algunas, á la parpadeante luz de una candileja—¡perdón á la prosaica luz de una bombilla eléctrica, que tiene también su poesía!—, los patios moriscos, enzocalados de azulejos, floridos, invitadores, alegres...

La santidad del hogar, el sagrado de la familiar morada, resaltan más con esta tradicional costumbre toledana de permanecer todas las noches con las puertas abiertas... Patente se ven aquí las antiguas virtudes del alma castellana: la hospitalidad sin mezcla ni daño de la natural índole; la serenidad ante el peligro; la llaneza á la vez familiar y noble; la propia satisfacción en el cumplimiento del deber; la grave austeridad y la estimación de sí mismo, junto con el agrado y



Plazuela de Padilla

trato afable al forastero... ¡Virtudes de la raza, que por desdicha van desapareciendo en la vorágine del cosmopolitismo, que dicen que nos va civilizando, y yo pienso que nos va corrompiendo!...

Recorremos al azar las callejuelas de Toledo. Ahora hemos cruzado el cobertizo de Santa Clara; por encima de nosotros duerme su sueño de siglos el vasto caserón de piedra, tras de cuyas celosías duermen también su sueño angélico diez ó quince Sulamitas cristianas que viven solitarias en el enorme edificio...

Unos pasos más, y entramos en otro cobertizo, también oprimido por una sombría pesadumbre conventual, y que remata en la plazuela de Santo Domingo el Real, con su atrio encuadrado de columnas; con su melancólico aspecto de decoración de comedia de capa y espada... Otras cuantas almas selectas de mujer, descontentas del ambiente que las rodeaba, se han aislado aquí, en este vasto convento de Santo Domingo el Real que inspiró á Bécquer...

¡Almas excelsas, nacidas para enclaustrarse como protesta exquisita contra el prosaísmo de la realidad circundante!... Ni un rumor—ni el rumor de un rezo, único que podría susurrar en la soledad conventual—desasosiega la paz de aquellas enseñadas de silencio...

Atravesamos luego la calle de Buzones, toda llena de aljibes, viejos aljibes que datan de la dominación musulmana. Y henos aquí en la cuesta de Santa Leocadia, con su torre parroquial á un ángulo, y detrás, como bajo su protección y cobijo, Santo Domingo el Antiguo, el rincón monástico que inmortalizó Maurice Barrés...

Salimos luego á la callecita de San Ildefonso, con su capillita aneja al antiguo Hospital de ese nombre; con la casa donde habitaron los Bécquer con su madre, modesta casa burguesa con una melancólica tapia de jardín... Y luego, cruzando la rinconada romántica de la plaza de las Capuchinas, salimos á la calle de las Tendillas, durante el día burguesa calle atrafagada... Y descendiendo por la calle de la Misericordia, henos aquí en la plaza de Padilla, á estas horas tan callada, medrosa y dormida, que casi sobrecoge el ánimo... Es una vieja plazuela de provincia, rectangular, alargada, sin adornos arquitectónicos, sin edificios notables, sin ábsides de iglesias, muros de convento ó tapias de jardín señorial...

Pero tiene tal encanto, tal misterio, tan honda poesía, con sus dos bombillas de luz eléctrica perchadas en un poste, con sus tres ó cuatro bancos de piedra, que se siente irresistiblemente

el deseo de descansar en ella, de detenerse en uno de estos bancos, húmedos y fríos, á sentir la palpitación nocturna del alma de la ciudad dormida... Parece como si en esta plaza tan retirada, tan solitaria, por donde en la noche entera no transitara nadie, se percibiera mejor la poesía y el hechizo inefable que emana de Toledo...

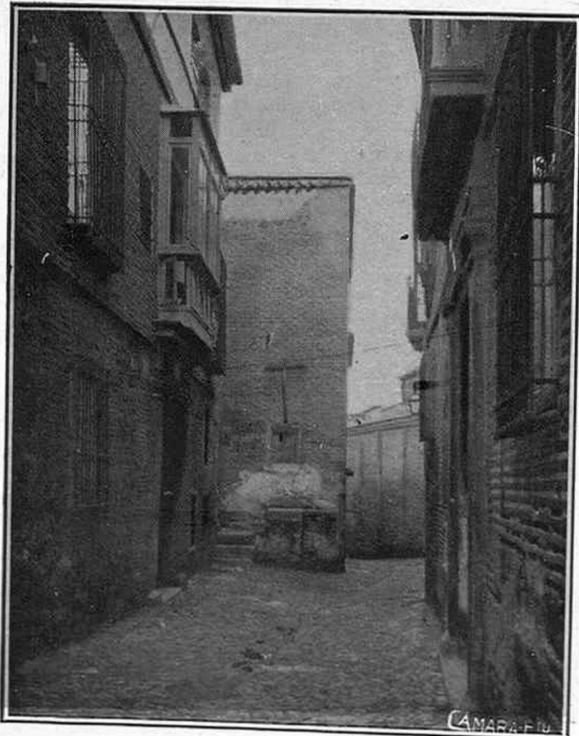
Suenan las doce de la noche en un reloj lejano. Luego, repite la hora el reloj de Zocodover; suenan después las doce campanadas, solemnes y opacas, del reloj de la Catedral, y por fin se oyen las campanas argentinas de Santo Domingo el Antiguo... Campanas melancólicas y dolorosas; campanas monjiles que marcan la hora de un rezo y acompañan el ritmo litúrgico de la vida de las clausuras; tristes campanas que avisan á la ciudad de que aún hay dentro

de ella almas que velan, suspiran y rezan... ¿Por quién lloran estas campanas en el silencio de la ciudad dormida? ¿Qué ráfagas de anhelos espirituales nos traen? ¿Qué misterio nos cuentan de las vidas ignotas que allí se albergan?... ¿Qué plañido lanzan tan quejumbroso? ¿Qué quieren decirnos con su són apagado, lloroso y dulzón?... Tal vez nos cuentan toda la tristeza de aquellas vidas muertas para el mundo; tal vez nos convocan á la penitencia y nos recuerdan que el mundo es valle de tránsito y de lágrimas, ó tal vez nos dicen nostalgias dormidas en el fondo de aquellas almas sacrificadas...

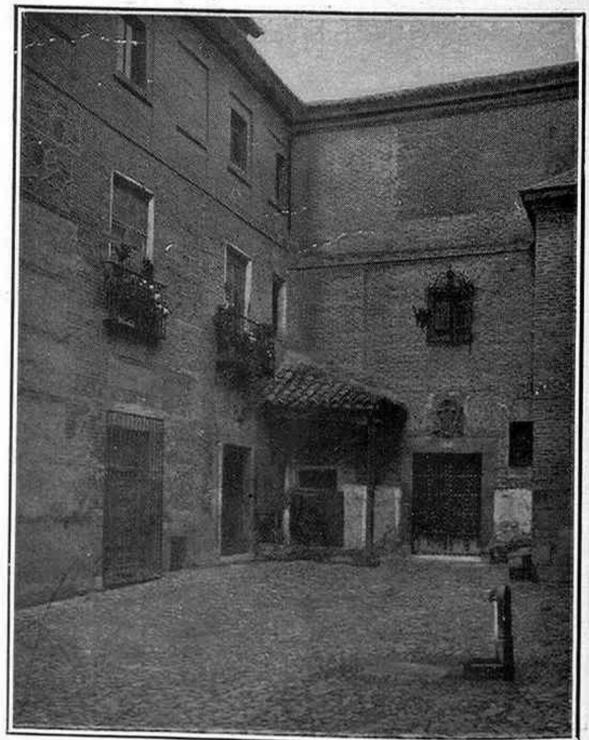
¡Campanas de Santo Domingo el Antiguo, sonando á media noche, en el silencio de esta plazuela provinciana! ¡Tal vez vosotras resumis toda el alma atormentada y doliente de Castilla!...

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

Toledo, Diciembre 1920.



Calle de los Aljibes



Rincón de las Capuchinas FOTS. ROMÁN

HORAS MADRILEÑAS

LA DE LA "TANGUISTA"

EL «22», tranvía de Pozas, deja á Mágina frente á la Cárcel Modelo.

Arrebujada en su capa de seda, la rubia Mágina cruza el paseo, cuidando de no mancharse de fango los negros zapatitos de terciopelo...

Dan las doce, martilleadas, sonoras, en el reloj de una fábrica de cervezas próxima.

La noche, después de los fuertes chubascos de primera hora, ha quedado limpia y serena... En el profundo azul del cielo palpitan como brillantes las estrellas. Una brisa leve de otoño agita suavemente la arboleda, entre cuya frondosidad, desde lejos, se percibe el resplandor de «Parisiana».

Mágina anda ligera, porque en el tranvía se ha quedado un poco entumecida...

Llega al parque, tras-pasa la verja de la puerta, asciende por uno de los andenes en cuesta, por el que baja un automóvil, y pasa la mampara del club... Un vaho tibio y amable la estremece como una grata caricia.

Sube, jadeante, la escalera y se detiene á mirarse en el gran espejo mural del pasillo. Más que bella, es interesante Mágina, con su rostro pálido y fino de anémica, su nariz aguilena y sus ojos de un vivo color de esmeralda. Bajo el gorrito de tafetán azul tiemblan sus rizos rubios de un oro desvaído, y su escote blanquísimo tiene la tonalidad enfermiza de la carne de las camelias.

La encargada del tocador la saluda afectuosa:

—Muy temprano viene usted hoy, Mágina...

—Sí; es que quisiera marcharme pronto. El nene no está bueno...

—¡Ah, los hijos! — exclama la empleada — ¡Siempre dándonos guerra! Al mío también lo tengo ahora malucho... No sé qué tiene el indino... Es el desarrollo, creo yo...

Mágina sale del tocador, ya á cuerpo, luciendo sus brazos desnudos, su traje escotado hasta media espalda... Al andar, su cuerpo fino, flexible y gallardo, se cimbreaba indolente como una palmera...

Desde la galería ojea el comedor. ¡Poca gente aquella noche, á causa de la lluvia! Casi se alegra la muchacha. En el salón, al fondo, sobre un pequeño escenario, una cupletista, medio desnuda, entona una canción sensual. Varios comensales llevan el ritmo tintineando en las copas con las cucharillas del café...

Mágina, sin atender la invitación que desde una mesa le hacen, siseándola, se va á la sala de juego... La luz de las grandes lámparas resplandece, irisándose sobre las mesas... Mágina encuentra animado el salón... Una vaharada de esencias, de humo de cigarrillos egipcios, flota en el ambiente...

—¡Hola, Mágina! — la saluda un muchacho cetrino, con el pelo partido en *bandós* que se pegan lustrosos á sus sienas...



—¿Cómo te tratan? — interroga ella.

—Mal, chica, muy mal. Es una noche fantástica. Donde meto cuatro, sale la contraria matemáticamente...

—Afortunado en amores... — insinúa ella sonriendo.

—¡Bah! — desdeña él — Daba yo ahora mismo á todas las mujeres por una «racha» de negros á favor...

Mágina se separa de él y se dirige á una de las mesas de «treinta y cuarenta». Antes de llegar, una matrona de abundantes carnes y rostro estucado la coge del brazo y se la lleva aparte junto á uno de los balcones que dan al jardín...

—Oye, Mágina — le dice —. Anoche desapareciste de pronto, despidiéndote á la «francesa». Don Calixto me preguntó luego por ti. Me encargó que te hablara...

—Pues ya sabe usted lo que hay. No quiero, de ninguna manera.

—Pero, mujer — responde, persuasiva, la «dama» —. No seas loca. ¿Tú crees que esto de «Parisiana» va á durar toda la vida? Además, con los tres duros que te dan aquí por alternar no creo que vayas á echar coche.

—Bueno — interrumpe Mágina malhumorada —. Eso es cuenta mía. Por ahora no quiero líos. Cuando se acabe esto ya encontraré otra cosa...

—¡Como todas! — gruñe la vieja —. ¿A que resulta que estás enamorada de algún niño bonito?

—No, señora. ¿Ó es qué usted cree que soy yo de esas que no pueden vivir sin un hombre? ¡Si se murieran todos!...

Se acerca Mágina á la mesa en el momento en que un *croupier* grita con voz engolada:

—¡Encarnado gana y color!...

La raqueta rastrea los montoncitos de fichas, haciéndolas chocar unas con otras... En torno á la mesa hay un panorama de cabelleras rizadas y hombros desnudos de mujer, contrastando con los rostros rasurados y los trajes negros de los hombres... Muchas manos se crispán sobre el tapete dejando en él huellas de sudor. Una luz de fiebre parece brillar en todas las pupilas... Los rostros se contraen ceñudos ó se dilatan sonriendo por el contento...

Cada vez que se abre la mampara de la sala, llega del exterior la armonía de la música de los «tziganes»... Por momentos es más pesada la atmósfera, más denso y acre el olor de humanidad, de esencias, de humo de tabaco...

Don Calixto, un señor grueso y cincuentón, de rostro carnoso y colorado, doble sotabarba y manos morcillonas, cargadas de sortijas, se acerca á Mágina:

—Buenas noches, pequeña. ¿No juegas? Toma esos dos billetes y pónmelos donde tú quieras.

Un empleado, obsequioso, brinda asiento á don Calixto. Una compañera, cede su sitio á Mágina.

La nena se abstrae en el juego. De vez en cuando siente que un pie de don Calixto busca los suyos en amorosa insinuación.

Otras mujeres y otros hombres, conversan alrededor del tapete mientras hacen sus posturas.

Don Calixto resuella congestionado, sudoroso, y regala á Mágina una ficha de cien pesetas...

—Encarnado pierde, color gana — reza, como un sonsonete, el *croupier*...

—¿Por qué no hemos de ser nosotros amigos? — pregunta don Calixto al oído de Mágina.

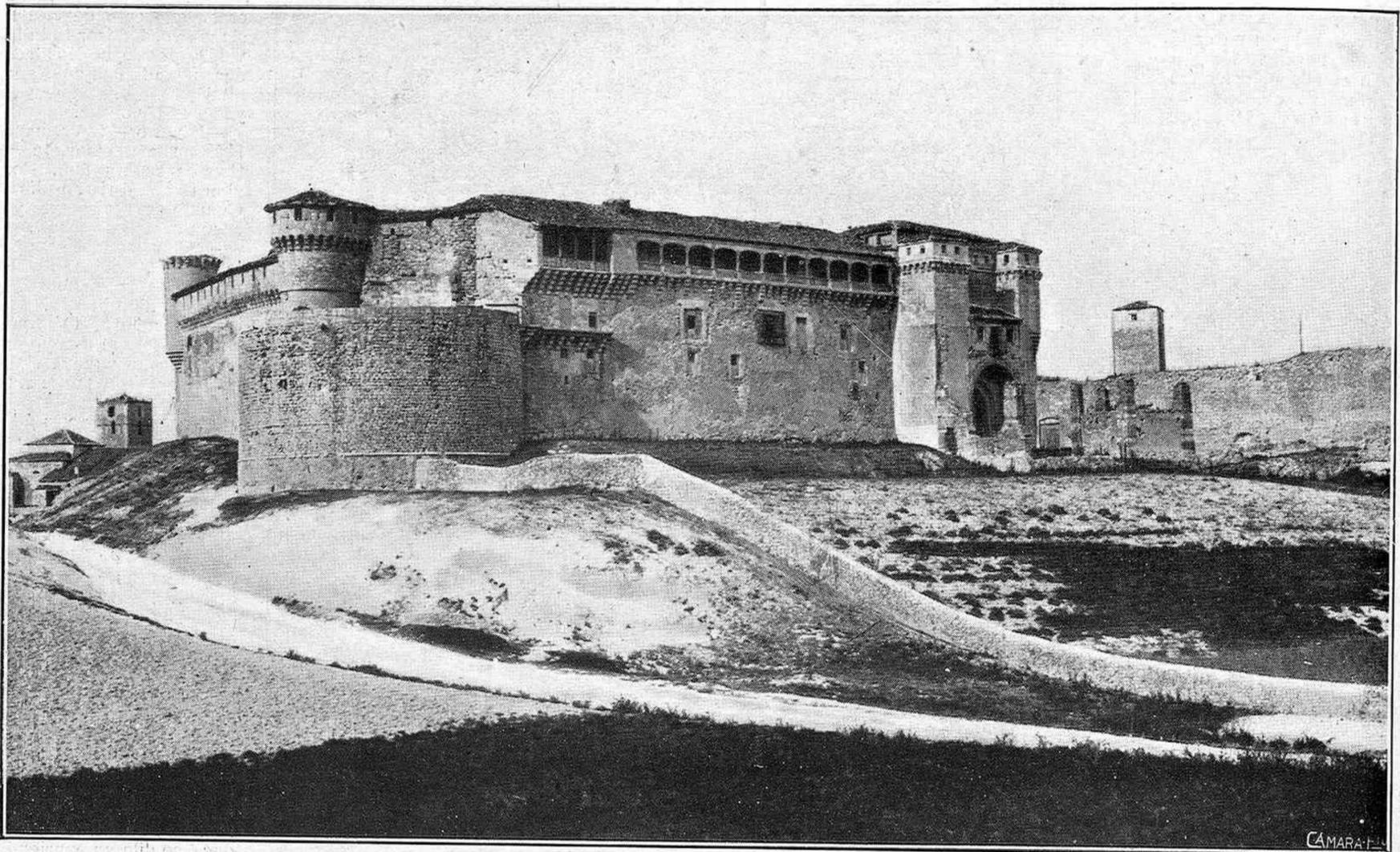
Mágina mira la hora en su reloj de pulsera y se levanta rápida.

Son las tres, y acaba de acordarse de que en su casa la espera, durmiendo en su cunita, un hijo de su amor...

EL CABALLERO AUDAZ

DIBUJO DE RIBAS

POR TIERRAS CASTELLANAS
EL CASTILLO DE CUÉLLAR



Vista general del castillo

RECOSTADA en la pendiente de un cerro como tantas otras villas españolas, Cuéllar tiene su viejo caserío repartido en calles angostas y pendientes.

El castillo, con sus gruesas torres circulares en los ángulos, sus altos muros de piedra sillera y la cornisa volada de matacanes que los corona, conserva aún un pintoresco aspecto de fortaleza romántica.

Ninguno hay tal vez mayor en Castilla; con el de Peñafiel, reproducido ya en estas páginas, puede competir en grandiosidad.

Una cerca, de obra liviana de mampostería, á modo de barbana, le rodea por la parte de más fácil acceso. Su planta es un cuadrilátero con torres abovedadas en los ángulos. Entra-se á él por una puertecita gótica de arco conopial, situada al Norte, recuadrado éste por un alfiz bajo el cual se labraron tres escudos: el de Castilla y León, en el centro, y á los lados el de D. Beltrán de la Cueva, primer duque de Albuquerque, privado de Enrique IV y edificador del castillo, y el de D.^a María de Mendoza, su mujer, hija del marqués de Santillana. Todos los muros y torres del vasto recinto, labrados en estilo gótico del siglo xv, son testimonio de la magnificencia de D. Beltrán, quien debió construirlo, á juzgar por los escudos, entre los años de 1462 en que se casó y 1476 en que, viudo de D.^a María, unióse en segundo matrimonio con

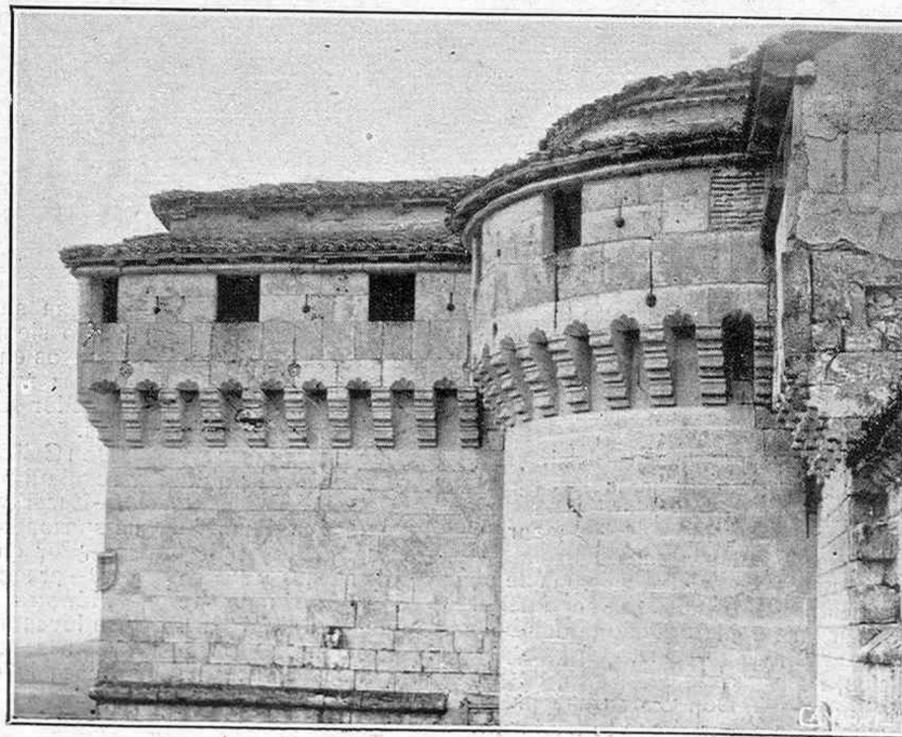
D.^a Mencía Enríquez, hija del duque de Alba. Tras los fuertes muros de la cerca gótica cobijase un palacio de arte del Renacimiento, un tanto severo, como de ya promediado el siglo xvi. Pasada la puerta descrita, éntrase en un gran patio, en el que crecen lozanos cardos y plantas silvestres. A la izquierda lo cierra una larga nave de muros lisos, ocupada en otro

tiempo en planta baja para la armería; de trente, un cuerpo de tres pisos, de arcos escarzanos, sobre gruesas columnas los dos inferiores, de ventanas y balcones adintelados, con entrepaños labrados de motivos renacentes el superior; por el ala de la izquierda debía seguir idéntica ordenación, hoy tan sólo iniciada á causa de haberse interrumpido la obra, viéndose por ello el muro

que cierra la escalera, con ventanas corridas, cuyos dinteles se apoyan en columnitas toscanas que parecen un motivo de arquitectura moderna. La escalera, los aposentos, con sencillas chimeneas, decorados algunos con pinturas murales de la época; las galerías, la curiosísima cocina, todo alcanza amplitudes extraordinarias y dignas de tan gran morada. Al Mediodía, volando en parte sobre los matacanes de la fortaleza gótica, hay una galería de arcos escarzanos sobre columnas, análogas á las del patio, desde la que se contempla la villa, en bajo, y el paisaje admirable de la tierra segoviana.

Terminóse de edificar este palacio, en el interior de la fortaleza gótica y en parte sobre sus muros, por el año 1559, á expensas del tercer duque de Albuquerque, valeroso y esforzado caballero, capitán, en su propia tierra, contra los Comuneros.

Al servicio del Emperador guerrero en Navarra y los Pirineos contra Francisco I, en Flandes y en Italia, retirándose los últimos años de su vida á Cuéllar, á ganar la salvación de su alma



Detalle del adarve

CAMARATI

en el ejercicio de obras pias.
dadas.

ooo

Adolescente aún, se lleva Enrique IV de paje de lanza á D. Beltrán de la Cueva, á su paso por Ubeda. Desde entonces no se separa del Rey. En las Crónicas contemporáneas aparece dotado de las cualidades que, unidas á la juventud, granjean siempre los corazones cortesanos: «Magnífico en sus cosas, cortés é gracioso con todos, hacia liberalmente por los que á él se encomendaban. Era grande gastador, festejador é grande honrador de los bueros, gran cabalgador de la jineta, gran montero é cazador, costoso en los atavíos de su persona, franco é dadivoso» (1). Pronto se apodera este gentil manco de la voluntad regia, de tal manera, que ninguno antes de él alcanzó con el Monarca tan gran privanza ni obtuvo tan numerosas mercedes. En 1457 le nombra Enrique IV mayordomo de su casa; después le va dando el Señorío de las villas de Jimena, Colmenar de Arenas y de los lugares de Cabra, recién conquistada á los moros, Carcaloso y los alijares de Valdetietar; le hace de su Consejo; le otorga la villa de Ledesma, nombrándole conde de ella «por sus buenos é leales servicios»; dale la de Cuéllar; nómbrale para el maestrazgo de Santiago, vacante desde la muerte de D. Alvaro de Luna; le hace merced de las ciudades de Gibraltar y Cartagena y de las villas de Aranda, Roa, Molina, Atienza, Anguix y Alburquerque, nombrándole duque de ésta.

Afirman algunos cronistas que tuvo trato íntimo con la Reina, de la cual dice Hernando del Pulgar: «Era muy moza y hermosa, é mujer á

(1) Crónica, de Enríquez del Castillo.



Patio del castillo

quien plácian hablas de amores é de las otras cosas que la mocedad suele demandar é la honestidad debe negar.» La Historia afirmó esos tratos, dando á la hija de los Reyes el infamante nombre de *la Beltraneja*.

Sufrió el duque de Alburquerque de las alternativas de la afición del Rey, prisionero muchas veces de la voluntad de los Villena y otros nobles, grandes enemigos del privado. Con frecuencia alcanzó destierro y aun cárcel. Más afortunado ó más hábil que D. Alvaro de Luna, el anterior maestre de Santiago, supo librar la cabeza, falleciendo al servicio de los Reyes Católicos, «lleno de grande edad», el día de Todos los Santos, de 1492, después de haber confirmado el privilegio de entrega de Granada.

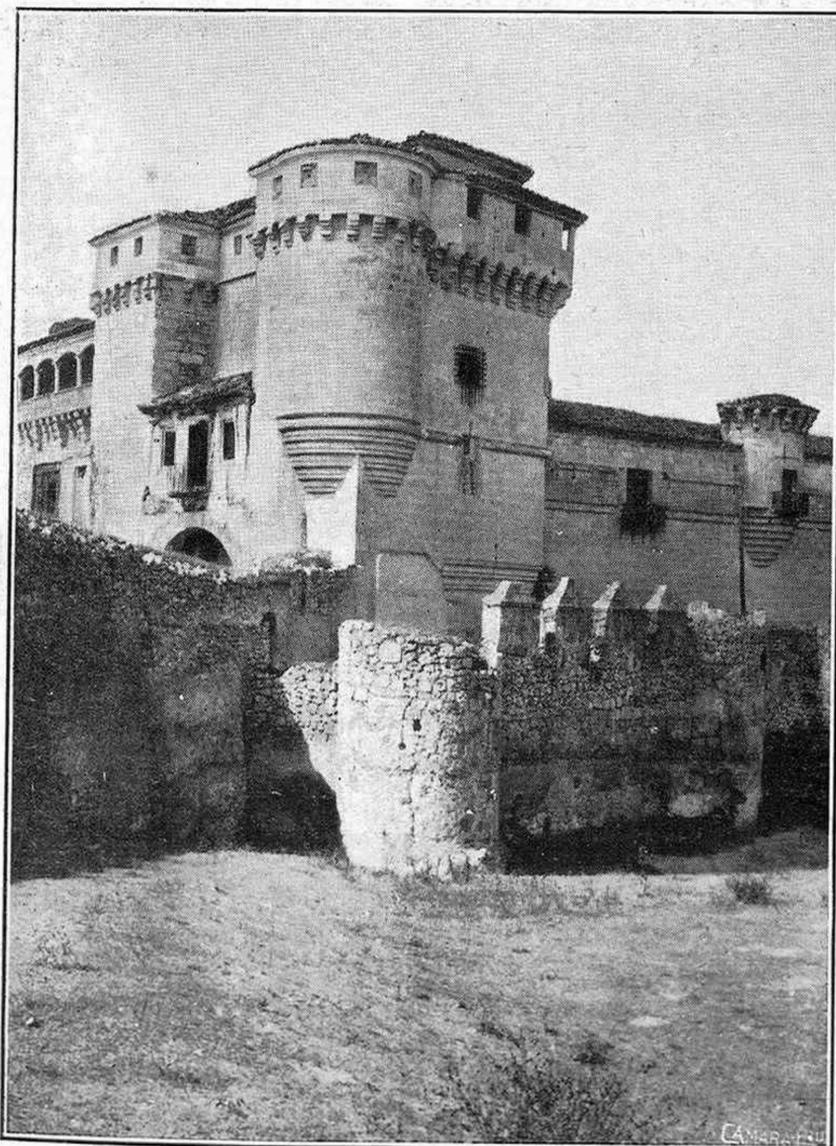
Favorito del Rey, mimado de la Reina, amado de la fortuna, tuvo este insigne hombre una existencia plena de lances y de aventuras.

Fué la vida de don Beltrán de la Cueva azarosa y agitada desde muy joven. Gozó del triunfo cortesano; tal vez del amor de la Reina; sin duda alguna del supremo dominio, por delegación del Monarca, sobre tan gran reino como Castilla. En su tiempo no hubo otro caballero más poderoso. Conoció también las horas amargas del destierro y de la prisión. En la última época de su vida, retirado casi siempre en la fortaleza de Cuéllar, apartada el alma de todo lo terreno y fugitivo, pudo meditar largamente sobre las grandezas y honores humanos que en tan larga medida se le habían concedido. Lejana la juventud, era llegado tal vez para él ese momento de la vida en el que, volviendo la vista hacia el pasado, se comprende la vanidad de los afanes juveniles, y los ojos cansados tórnanse á

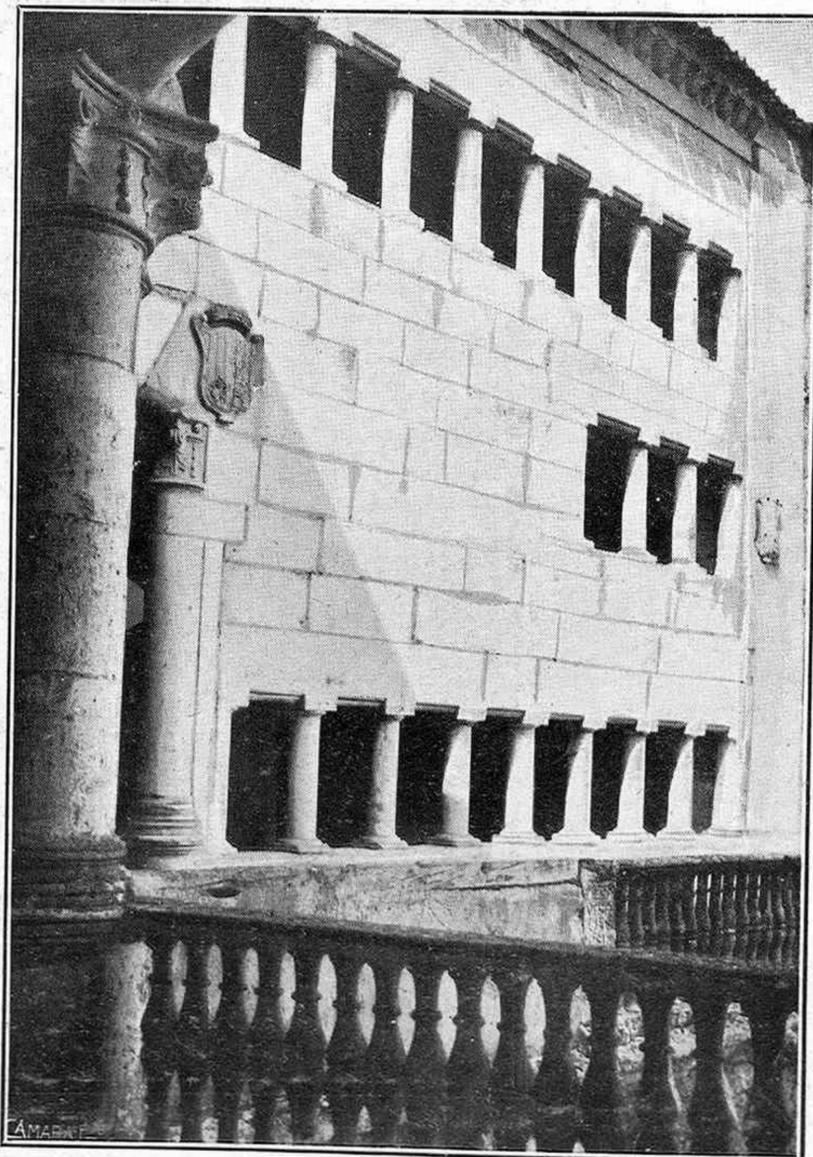
interrogar el propio espíritu. Ignoramos lo que pensaba de la vida en estos sus silenciosos años de apartamiento, contemplando el luminoso paisaje de la tierra de Pinares, quien con tal plenitud la vivió; tal vez su concepto de ella sea el que aparece sobriamente expresado en el mote de Enrique IV, labrado en piedra en caracteres góticos, debajo del escudo de la puerta del castillo: *Agro dulce* léese aún allí, resumen de la propia existencia, pródiga en alegrías y tristezas, en la que gustó de todo: de lo más dulce y de lo más amargo.

LEOPOLDO TORRES BALBAS

FGTS. A. BYNE Y DEL AUTOR

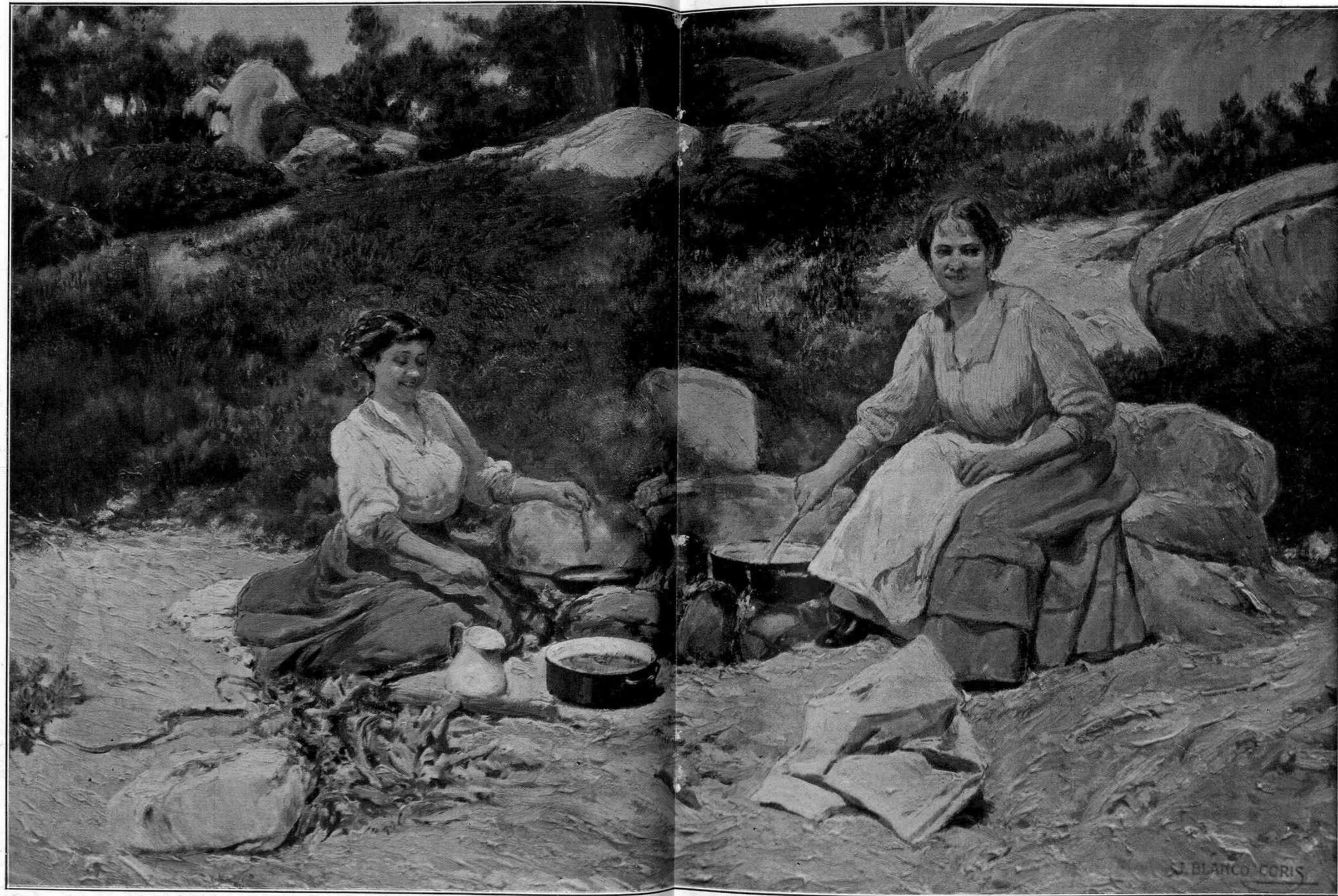


Torres del Medodia



Exterior de la escalera del castillo

LA PINTURA CONTEMPORÁNEA



DETALLE DE UNA EXPEDICIÓN A LA SIERRA
Cuadro original de J. Blanco Coris, que figuró en el reciente "Salón de Otoño"

MUSEO DE MADRID

1911

1911

1911

1911

1911

1911

1911

1911

1911

1911

LA PESCA EN GALICIA

QUIEN haya visto por las calles de los puertos gallegos las *pescas* pregonando los *xurelos*, *sardiñas*, *centolas* y *aviñeiras*, habrá sentido un agrado inmenso pensando en la frescura de aquel pescado que le ofrecen *vivito y coleando*, como suele decirse.

Pero no habrá pensado más que en este aspecto egoísta, sin inquirir ni ahondar en algo que es útil conocer. La pesca de Galicia es la más importante de España; así lo reconocen estadísticas oficiales. En ella se emplean 6.175 embarcaciones de vela y 764 de vapor, que dan trabajo á más de 32.000 obreros del mar, obreros bien olvidados por cierto.

El mar da á los pescadores gallegos todos los años unos 80 millones de kilos de pescado, valuado en 40 millones de pesetas, y esto lo hace el mar sin que hasta el día nos hayamos preocupado de sus condiciones...

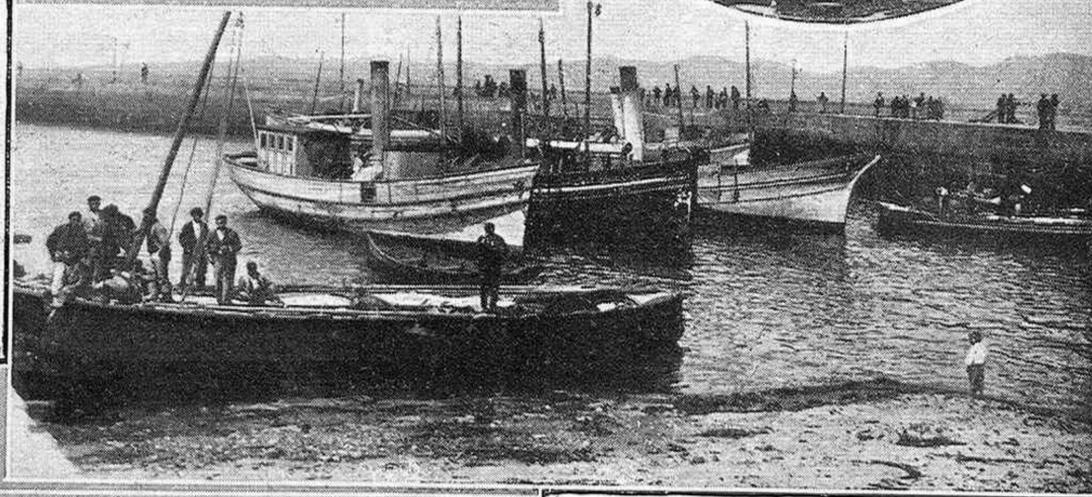
Pero el pescador gallego trabaja y lucha entre



Sacando el copo

aquellas bravas costas de Galicia, que merecieron el nombre de *Costas de la Muerte*, y sale á desafiar temporales, y pasa la *marola* como se podría pasar un lago. Nada más típico que esas parejas de barcos, y esas *traineras*, y esos barquitos endebles y atrevidos, que capturan la merluza, y el langostino y la sardina, y nos los traen para castigo de algunos estómagos y alivio de otros.

Ved esa *pesca* que, descalza de pierna, trans-



En busca de "sardiñas".— Vapores pesqueros de Vigo



Alijando la mercancía

porta la mercancía del día, para la venta, en enorme cesta, sobre la cabeza; contemplad cómo se sacan las redes que han de volcar en la arena el pescado preso en ellas, como masa líquida de plata; mirad esas rapazas lim-

lanan, y persisten y viven entre sus costas y sus mares, ansiosos de desarrollar una industria que promete buenos rendimientos.

FEDERICO PITA

piando el pescado que salta y se escurre sobre la húmeda arena de la playa; ved en el muelle la subasta de la pesca traída á bordo; contemplad los carros que se meten en las aguas para cargar el *patejo*, que será buen abono mineral para la tierra, y, por último, no dejéis de fijaros en ese vendedor de pescado que, satisfecho de su compra, saldrá por las calles, gritando: «¡Xurelos! ¡Centolas! ¡Pescadas!...»

En Galicia existen 274 fábricas de salazón, 148 de conservas y 97 de escabeche; todas ellas elaboran 54 millones de kilos, que valen unos 50 millones de pesetas. Esta industria pesquera ocupa 13.475 obreros de ambos sexos.

Decid si esta no es una riqueza inmensa, de la que pueden sacar gran fruto los gallegos.

Se explica la devoción de los pescadores por el mar. ¡Da tanto! Bien es verdad que á veces lo cobra con exceso; pero los gallegos no se amarran, y persisten y viven entre sus costas y sus mares, ansiosos de desarrollar una industria que promete buenos rendimientos.

LA MODA FEMENINA

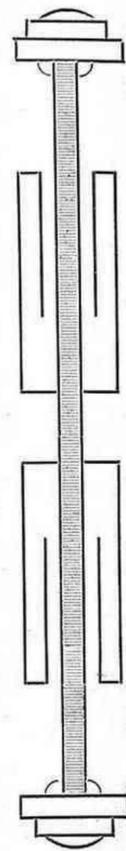
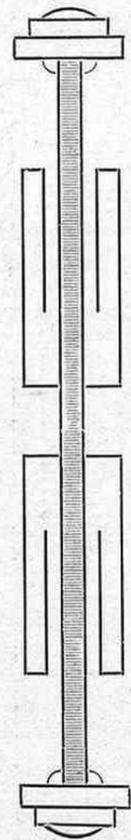


CÁMARA FLU

CINCO MODELOS DE SOMBREROS, ÚLTIMA PALABRA DE LA MODA PARISIÉN

FOTS. TALMA

¡HA MUERTO MI PORTERO!



QUÉ? Cuando muere un hombre cabal, un hombre cabal á la antigua española, y habéis admirado á ese hombre cabal más de una vez en su vida sencilla y ejemplar, ¿no tenéis derecho á sentir la comezón de un elogio póstumo en un brote de imperante sinceridad?

¡Ha muerto mi portero!, y yo, que he rehusado tantas veces hacer el panegírico de tanto muerto infecundo, colmado de cruces y honores, hoy quiero decir á cuantos lectores me sigan que estoy reflexivo ante el colchón—féretro—sin damascos—y ante esa pobre vieja enlutada, tocada de un pañuelo muy negro, y esas dos muchachas llorosas, y esos dos chicos absortos—monja y maceros y plañideras testamentarias de una herencia de recias virtudes sembradoras.

Vedle: aún viste su traje de paletó, ¡después de treinta y seis años de vivir entre chulos! Aún lleva su faja roja en seis vueltas desde el tórax á la cruz...

Cuando alguna visita cursi, de esas que nos abruman, me ha exhortado á «pedir con perfecto derecho» uniforme para mi viejo Alejandro, yo he sentido como un deseo educador de enseñarla á saber todo el dulce simbolismo de aquel chaquetón corto y aquella faja grana.

Era un hombre fornido y hermoso: un Borrás en sus viejos de sesenta años. Pocas palabras y muchas sonrisas, una sonrisa avergonzada y bonachona y larga, mientras amagaba quitarse la boina, que quedaba siempre como una aureola tras su cerebelo... En él no había esa cortesía relajada y bajuna del criado de levita y cadena. Era un hombre respetuoso, afectuoso y digno.

¿No va interesándoos mi necrologiado? Amaba á su vieja, de la que tuvo un hijo que murió al pisar tierra española en retorno de las Américas. Y en su vieja y en su Rosa y en su Paula—dos mozas que casaron á su gusto—, tenía él puestas sus «fantasías». Jamás llevó una «perra» ni «pidió á su esposa para un café». Fue veinte años jardinero del Parque de Madrid, pero... en su faena, cierto amanecer, recogiendo la podadera, rompióse una costilla y le dieron

el cese. ¡El retiro no pudo atravesar el *vía crucis* del balduque, porque le faltaban cincuenta días de servicio!

Estas dos tragedias le minaban, le minaban... El «era una boca que no hacía sino comer más que un molino, y no ganaba, ¡él, que era el hombre!», y ha muerto.

¿Lo véis? ¿Véis cómo el señor Alejandro, sentado pata aquí, pata allá, su garrota entre las manos y su cabeza gacha, cavilando, cavilando, era un hombre vivo, que merece un recuerdo á su muerte?

De todas las amarguras que entraña el periodismo—pozo sin fondo, al que se arrojan millares de cerebros que se ahogan en secreto—, es quizás la más repugnante la amargura de ser el panegirista obligado de todo imbécil que muere.

Porque hablar de un muerto es como hablar de la Patria; hay que concederle todo linaje de honores; si no, está uno perdido.

No los parientes—esto sería justo—, el lector, quien quiera que fuese, tilda al necrologista de ruín y de envidioso.

El panegirista suele tener la exclusiva en esto de duelos cantados.

El necrologista reputado guarda un arsenal de retratos, de datos, de anécdotas, de la mayor parte de las figuras encumbradas.

Su Santidad el Papa, Sus Majestades de todos los países, incluidos los reyes más exóticos. Toreros, actores, jefes de Gobierno...

«Fulano—dice el director—, usted tendrá seguramente «cosas» de Manguindoy, *que va á morirse.*»

Y con la misma sencillez que habla, el señor director le encarga al panegirista que haga seis columnas muy interesantes con la muerte de Manguindoy, quien en vida fué tan sólo un buen tubo de digerir.

¿Por qué á la muerte de los hombres más corrientes, cuando no más perniciosos, han de hacer los cronistas oficio de antigua plañidera?

¿A qué regalar una corona de embustes y exageraciones á la viuda y descendencia, que hasta la desaparición del ser querido no se habían en-

terado, probablemente, de que tales méritos poseía el muerto?

¿Es que el hecho de morir lava todo pecado de estupidez ó de perfidia?

Los hacendistas siempre han sido salvadores del erario; los actores, Talma; los toreros, fenómenos, y las divettes, no sólo ruiñeños, sino virtudes desconocidas que acreditan esta y la otra anécdota.

Jamás he regateado méritos ajenos; pero esto del bombo funerario es casi siempre ridículo, por desproporcionado.

«Paz á los muertos», dice, con esa augustez irreprochable de las expresiones directas, el Oficio de difuntos.

¡Paz á los muertos! No hagáis, panegiristas, esas recuas de politiquillos sucedáneos, hueros y enfatuados, á quienes regaláis una herencia que usurpan los hijos de hombres no notables, sino *notados*.

Bastante gozó el aplauso el opulento mediocre que descansa en el Señor: no *equivocéis* por unos meses—pocos—á sus deudos y á sus contemporáneos.

ooo

Mi portero no pensaría, en su modestia, que tenía derecho á un bombo funerario; no sabría, en su ignorancia, que sentado pata aquí, pata allá, con su cachava entre las manos y su traje paletó y su gacha cabeza cavilando, cavilando, cual *La Penseur* de Rodin, en su para él terrible drama de impotencia, era á mi puerta—pese á los cursis que no le hallaron decorativo para una casa cara—un enorme símbolo, que yo amaba de un modo tierno y hondamente respetuoso.

Señor director: yo soy así. Que muera un imbécil encumbrado, no me da lástima; ¡pero que desaparezcan estos hombres tan cabales, tan reglados, tan austeros, tan metidos en sí mismos, «haciendo el Domingo con la familia» y añorando la podadera..., me inquieta y me parte el alma!

ALEJANDRO BHER

DIBUJO DE H. HIDALGO DE CAPIEDAS

LA VAQUERA MONTARAZA



Daqueriza montaraza, montaraza vaqueriza,
 la de tierras leonesas en la raga de Galicia,
 la que pasa con la herrada ó la chota bermejilla,
 la que si dice palabra se avergüenza de decirla...
 La vaquera montaraza puesta va de romería.
 De coutrag lleva el corpiño; de bocacín, la camisa;
 los zapatos, de rusel, y la saya, velludilla.
 Dejó en casa las galochas que tanto ruido metían;
 la herrada, junto á la alberca, y en el prado, la chotilla.
 Tanto ciñóse el justillo, que más ceñir no podía;
 el nudo, sobre la frente, y hacia detrás la caída;
 de todos sus pañizuelos se puso el mejor que había;
 se colgó las primorosas arracadas salmantinas;
 miróse en el espejillo de la rinconera antigua;
 abrió el arcón repujado y vació la alcancía...
 Con lo que en ella guardaba compareará buhonerías

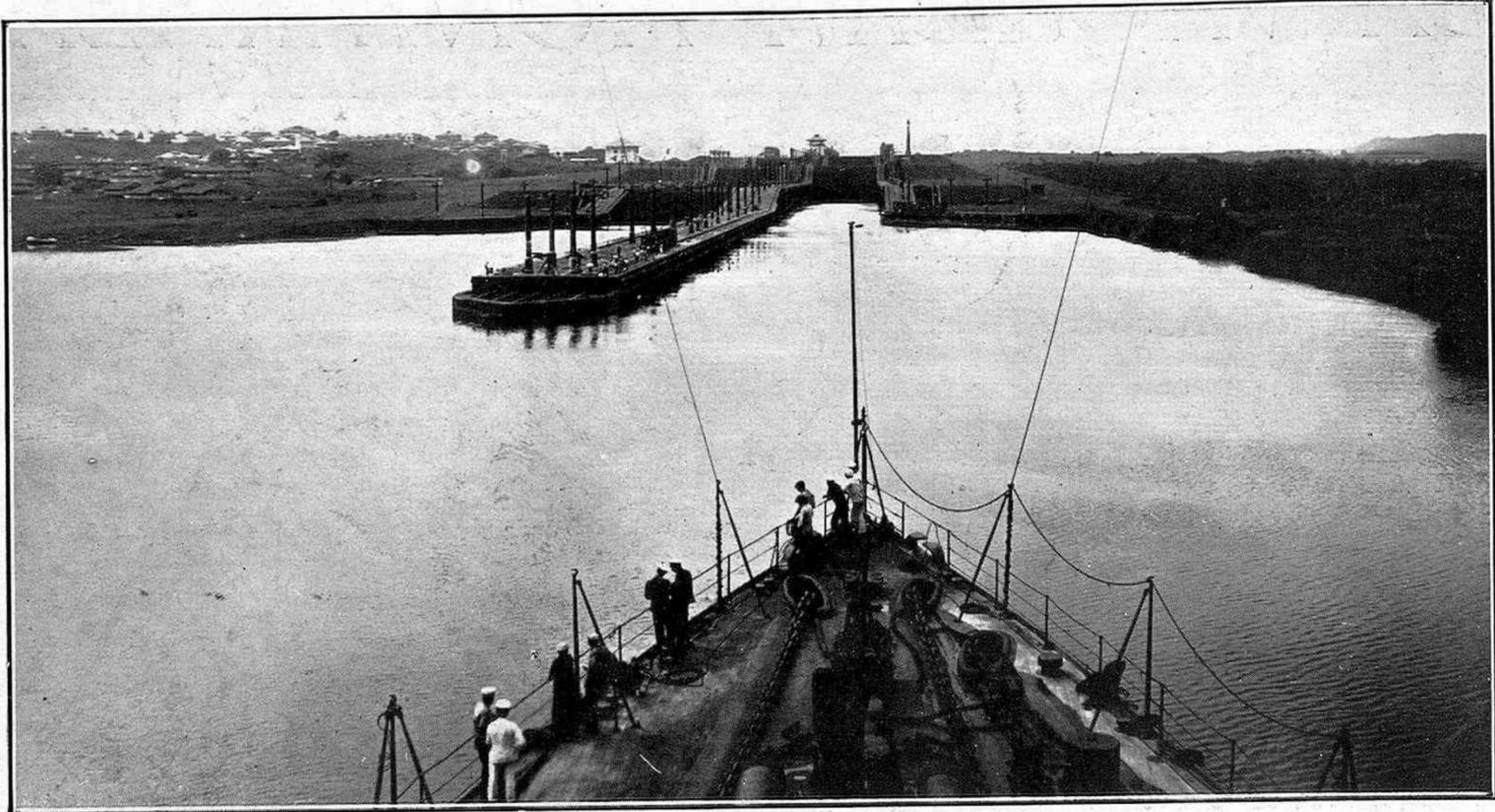
—cintillos y collarines, azabaches y vandillas—,
 que amor la ronda la edad y está en edad de lucirlas.

Al tramontar un collado tendió el vuelo un avecica.
 El avecica trinaba, y estas palabras decía:
 "¡Daqueriza montaraza, montaraza vaqueriza,
 infeliz de la vaquera que de los hombres se fia!"
 Hasta que no se la viera voló luego el avecica.
 Medrosa, quiso el camino desandar la vaqueriza;
 pero en el valle sonaba la voz de la romería,
 y pensó que la del pájaro fué cosa de brujerías...
 ¡Ay, la gaita y el gaitero de la raga de Galicia!

Luis FERNÁNDEZ ARDAVÍN

DIBUJO DE OCHOA

EL ACORAZADO «ESPAÑA»



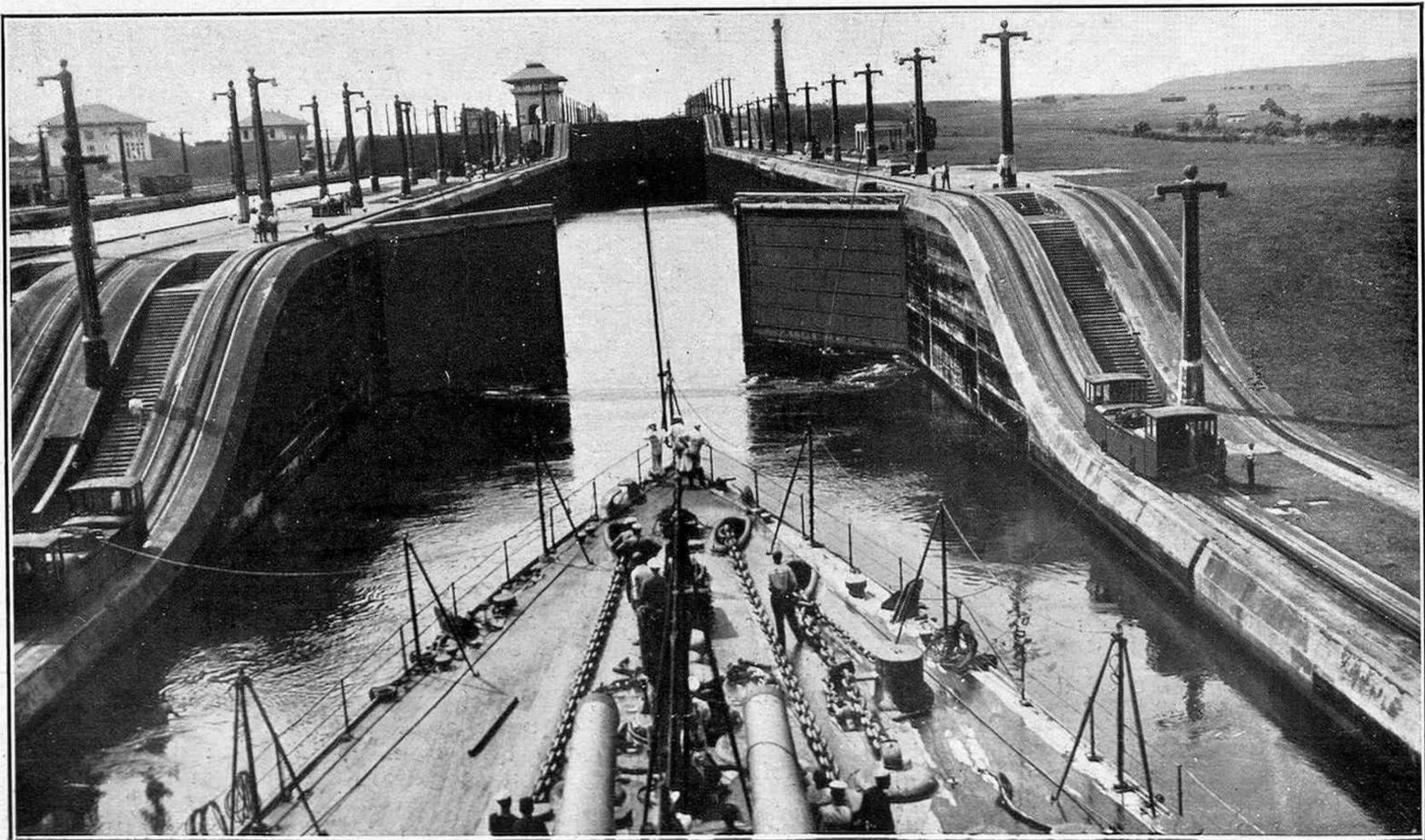
El acorazado «España» enfilando las esclusas de Gatun

Las aguas del Canal de Panamá se han visto surcadas recientemente por el *España*, buque acorazado de nuestra Escuadra, en que viaja la Misión hispana que, con motivo del Centenario de Magallanes, va á llevar á tierras americanas las franjas áureas y sangrientas de nuestra bandera. Sobre la túnica espléndida de aquellos mares y bajo la enorme turquesa del cielo americano, nuestro barco se deslizaba, sereno y magnífico, sobre las aguas límpidas del Canal, dejando tras sí una estela de blancas espumas que, luego de agitarse, volvían á su calma

primitiva, azul y majestuosa. El espectáculo ofrecido era verdaderamente soberbio. Nada tan hermoso y emocionante como el buque cruzando las aguas americanas. Parecía como si en aquellas tierras lejanas hubiesen nacido flores españolas, egregias, fragantes y multicolores; como si los ardientes y luminosos cielos americanos hubiesen llevado prendido un jirón de nuestro cielo, lírico y cegador; como si los corazones de América hubiesen palpitado con un ritmo del corazón de España...

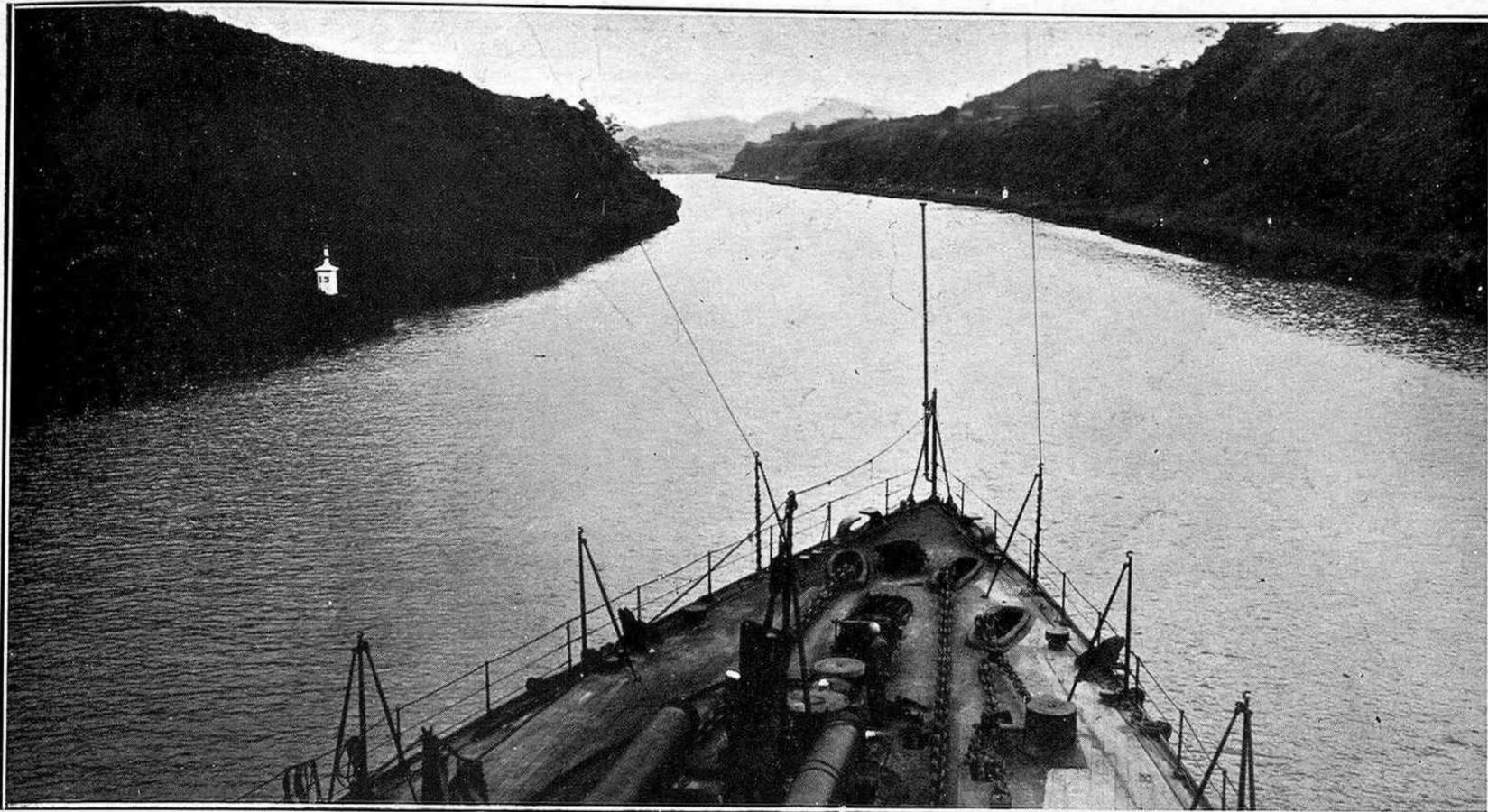
Mejor que discursos oficiosos y rutinarios,

que actos huecos y formulistas, que banquetes vanos y pomposos, sirve este viaje de nuestra Misión á las Repúblicas americanas para unir, con lazos cada vez más fuertes y más intensos, las almas americanas á las almas españolas. Actos de verdadera confraternidad; actos hechos poniendo siempre en ellos el corazón, son los que se precisan, ahora más que nunca, para unir á nuestra Patria con sus cachorros. En estos instantes de honda conmoción que actualmente sufre el mundo, un acto como el realizado tiene que resaltar alta y noblemente sobre estos po-



El acorazado «España» al entrar en la segunda esclusa de Gatun. Momento de abrir la compuerta de paso

EN EL CANAL DE PANAMÁ



El acorazado «España» en el paso de La Culebra

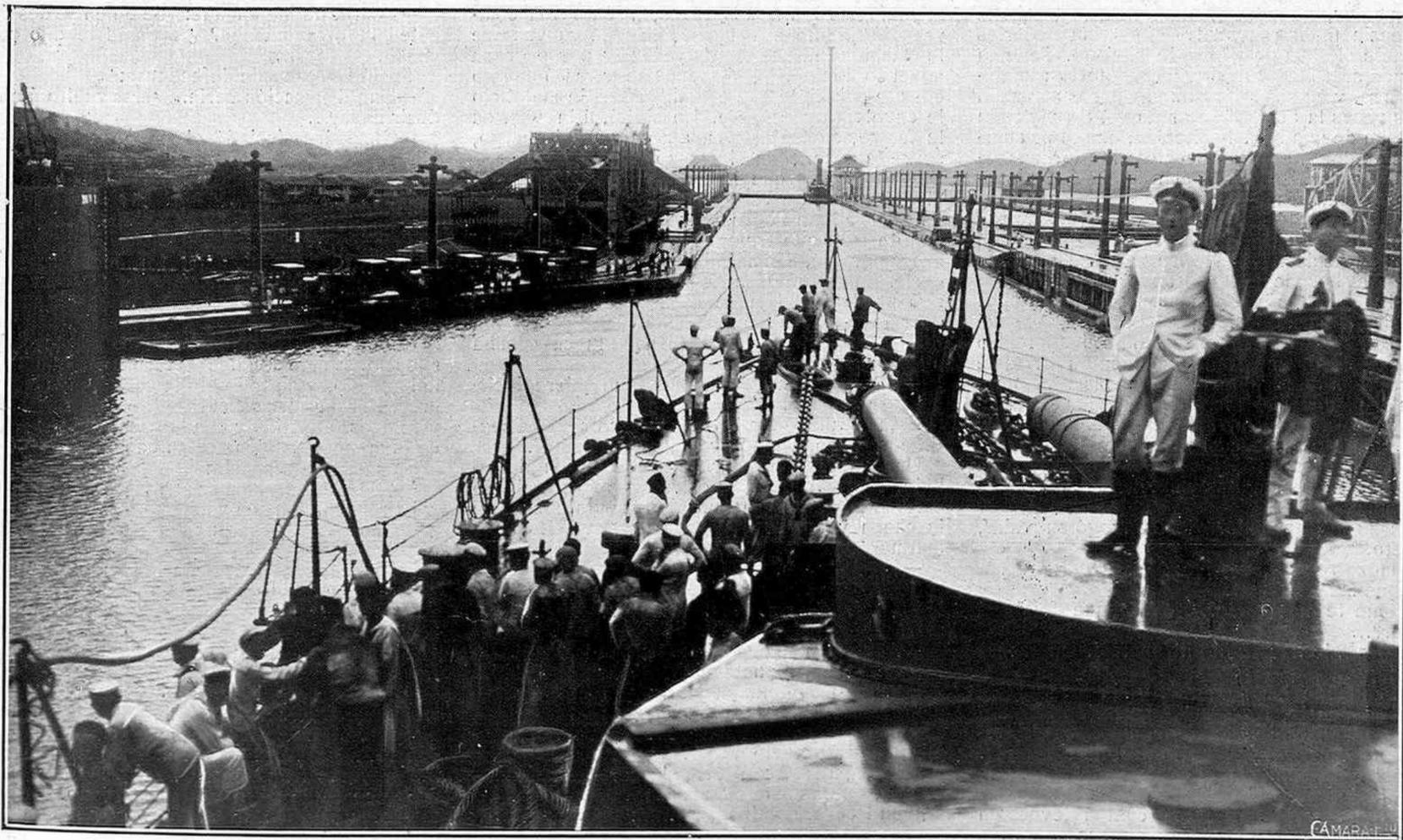
bres momentos en que fracasan todos los ideales y en la tierra ha parecido nacer una floración de maldad.

Después de estar en varias Repúblicas americanas, el buque surcó el magnífico Canal de Panamá, obra grandiosa que tan altamente habla de los adelantos de la ingeniería moderna. Nosotros recogemos gráficamente varios momentos del *España* en el Canal. En todos los Estados en que el barco fondeó anteriormente, nuestra Misión fué recibida con gran entusiasmo, viendo en ello los españoles demostraciones cálidas y

verdaderas del cariño que reside en las tierras americanas hacia la España de nuestros amores, esta pobre España tan despreciada y escarnecida por los extranjeros en la Edad moderna. Por todas partes iban recogiendo plantas de admiración y gratitud, á cambio de sus semillas de amor, aquellos enviados que sobre la fuerte y fecunda tierra americana iban sembrando flores de españolismo.

Esta acogida, verdaderamente entusiasta y cordial, que en América han dispensado á nuestros representantes, hará palpar á los corazones

hispanos con intensos impulsos de satisfacción. Una alegría grande y sana se difundirá por todos los espíritus y hará trasparente el contento en nuestros semblantes, y hará asomar á nuestros ojos lágrimas de alegría y de emoción, y hará pensar á nuestras frentes que no todo es impureza, bastardía ó traición... En las almas españolas quedará siempre vivo el recuerdo de nuestro buque, deslizándose, serenamente, magníficamente, sobre las tranquilas aguas americanas, bajo la túnica azul y espléndida de aquel maravilloso cielo.



El acorazado España en la última esclusa de Pedro Miguel, á siete metros sobre el nivel del mar



EL MISTERIO HABLA...

Lorenzo se acercaba á los sesenta años, y Juan Pedro, su hijo, pasaba ya de los treinta. Ambos habitaban una choza en plena Sierra, cerca de los Pirineos, y eran pastores. De tarde en tarde, cada tres ó cuatro meses, bajaban al pueblo, situado en el llano y á una distancia de varios kilómetros; un camino de herradura, retorcido como una viruta, conducía á él.

Desde que Lorenzo enviudó, los dos hombres vivían solos, y aquel aislamiento huraño, aquella existencia montaraz y salvaje, parecía haberles saturado el alma de frío y de silencio. Toda su rudimentaria vida espiritual era interior; hablaban poco, y en sus labios finos y duros asomaba pocas veces la bondad de una risa. Su vivienda constaba de una sola habitación, que al par servía de dormitorio y de cocina; las tarimas en que reposaban, las sillas y el arcón de cedro donde guardaban la ropa y las escopetas, se alineaban á lo largo de las paredes, oscurecidas por el humo del lar. Padre é hijo madrugaban con los gallos, se desayunaban frugalmente y se marchaban al bosque hasta el anochecer. El viejo tenía los cabellos enteramente blancos, la nariz aguileña, el rostro enjuto, y su cuerpo, que fué gallardo, comenzaba á encorvarse. Juan Pedro era musculoso y mostraba una boca en forma de hocico, y un entrecejo asesino y sensual. No conocía el miedo. Una Nochebuena, sus manos toscas, como de piedra, habían estrangulado un lobo. Una tarde, ya casi de noche, Juan Pedro volvió á la choza; regresaba del pueblo y traía erosiones en las mejillas y huellas de sangre en las manos.

—¿Qué te ha pasado?—le interrogó su padre, inquieto.

El mozo repuso, evasivo:

—Que me he caído.

—¿Que te has caído?... ¿Y lo que fuiste á mercar?...

—Pues... lo he perdido al caerme. De pronto resbalé, y...

Mascullando las palabras, y sin levantar la mirada del suelo, tejió una explicación obscura que no satisfizo al viejo. Este, sin embargo, temiendo encolerizar á Juan Pedro, no dijo nada.

A partir de aquel día, el carácter del mozo tornóse más irritable y hermético, y á nada de cuanto su padre decía contestaba, cual si llevase en la boca un secreto y temiera se le escapase. De noche dormía mal.

—A este habrá que casarle—meditaba Loren-

zo—; la verdad es que vivimos demasiado aislados...

Transcurrieron dos meses.

Una tarde en que Juan Pedro se quedó en el bosque, cortando leña, el viejo llegó á su choza solo y, al abrir la puerta, pareció sentir en las mejillas un leve soplo de aire; algo tan sutil como el roce de un aliento. Luego, al sentarse frente á la lumbre, volvió la cabeza: junto á su oído alguien acababa de pronunciar su nombre. Inquieto miró á todos lados, y entonces comprendió que no era aquella la primera vez que le llamaban ni que sentía resbalar por su cara aquel soplo de aire. Y apenas se percató de ello cuando parecióle que este malestar de maleficio le envolvía apremiante. Lo sintió, á la vez, en la frente, en las manos, alrededor del cuerpo, sobre la nuca. ¡Era el abrazo del Misterio!...

—Yo juraría que hay alguien aquí—exclamó el viejo, á media voz.

Cuando Juan Pedro apareció jadeando bajo el haz de leña que traía á hombros, Lorenzo, sin saber por qué, disimuló lo que acababa de sucederle. La extraña sensación, no obstante, continuó produciéndose; se repetía á diario y con energía tan creciente, que el anciano pastor llegó á persuadirse de que en aquella casa había «otra persona».

—Será el alma de mi mujer, que quiere decirme algo—pensó.

Esta idea ingenua le serenó, y comenzó á sentirse más acompañado y como protegido...

Una madrugada, padre é hijo salieron al trabajo. Todavía brillaban estrellas sobre el dorso cerúleo de las montañas. Al cerrar la puerta de la choza y mientras echaba la llave, Lorenzo murmuró:

—Hasta luego.

Juan Pedro, que caminaba algunos pasos delante, volvió la cabeza. Su rostro habíase cubierto de palidez.

—¿De quién se despide usted, padre?

El viejo tembló; había hablado maquinalmente. Juan Pedro continuaba interrogándole con los ojos, que tan pronto le relucían de ferocidad como de pavor; pero Lorenzo, para evitar explicaciones, prefirió negar.

—¿De quién voy á despedirme?—refunfuñó—Vamos, que tienes ocurrencias...

Juan Pedro, receloso, repitió:

—Me había parecido...

El humor del mozo continuó ensombreciéndose más y más. Juan Pedro quería pedirle á su

padre la clave de aquellas palabras extrañas; de aquellas palabras devoradoras, alucinantes, que estaba seguro de haberle oído decir; pero no osaba. Al fin se atrevió un atardecer, volviendo de la majada:

—Padre, ¿va usted á confesarme la verdad?...

—¿Qué verdad?—repuso el viejo.

Los dos hombres se habían detenido, y al cesar el ruido de sus pasos, el inmenso silencio del campo hizo alrededor de ellos más profundo.

—Padre, no me engañe: ¿de quién se despidió usted la otra mañana? ¿A quién le dijo usted «hasta luego»?...

Trató Lorenzo de defenderse:

—Una distracción sería... ¿Has vuelto á oirme decir nada?...

—Sí, padre—insistió el mozo, cuya voz temblaba—; porque hay pensamientos en usted que «yo oigo»..., y todas las mañanas, cuando cierra usted la casa, yo le oigo decir «hasta luego», aunque sus labios se están quietos. ¿De quién se despide usted, padre?...

Su voz, de suplicante, tornábase agresiva. Así apremiado, el viejo trató de describir aquella emoción fría, que apenas duraba segundos y era semejante á un rapidísimo efluvio.

El mozo, horriblemente pálido, le escuchó en silencio. Luego los dos echaron á caminar tras del ganado, y en todo el día cruzaron más palabras. Por la noche Juan Pedro no quiso cenar, y se acostó vestido y con la escopeta al alcance de la mano. Sus ojos ardían como llamas.

Su padre le interpelló:

—¿Qué haces, muchacho?...

El repuso, conciso y enigmático:

—Calle usted, padre: cada cual sabe lo que le conviene.

En noches sucesivas acaeció lo mismo. Apenas se ocultaba el sol, Juan no hablaba, ni comía, ni se apartaba de su escopeta, y el menor ruido hacía temblar.

—Cosa de embrujamiento parece—discurría Lorenzo.

El anciano pastor ignoraba la verdad; y la terrible verdad era que Juan Pedro, la noche en que volvió á su casa con las manos maculadas de sangre, había asesinado á una mujer. El drama fué breve: al tropezarla en el camino, Juan Pedro la cogió de un brazo, ella resistió, y el bruto entonces, ciego, la ahogó... Después arrastró el cadáver larguísimo trecho, hasta despeñarlo por un tajo.

Ya hacía tiempo que las últimas golondrinas

habían pasado, rumbo al Sur. Llegaba el invierno, cubriéronse los campos de hojas muertas, y en el lecho rocoso de las simas los torrentes ululearon enfurecidos. Tiñóse el paisaje de penumbras violetas, y una mañana los montes oscuros aparecieron tocados de nieve. La escarcha endureció los caminos. De noche, como saludando á la luna, se oyó aullar al lobo.

Desde mediados de Noviembre, Lorenzo no dejaba la choza; á despecho de su buen ánimo, el reuma le retenía allí, como amarrado á una silla, frente al fogón. Se le habían hinchado los pies y las manos, y el brazo derecho no le obedecía.

—De todo estaría curado—rezongaba el viejo—si Juan Pedro me hubiese traído las condenadas medicinas que le pedí; ¡pero como no quiere ir al pueblo!...

Llovía torrencialmente aquella noche, y el viento era tan recio que las paredes de la choza temblaban. Por dos veces el aire, que silbaba en el hueco de la chimenea, apagó el candil.

A la hora de costumbre apareció Juan Pedro.

—Buenas noches, padre.

—Buenas noches nos dé Dios.

Lorenzo hallábase sentado de modo que volvía la espalda á la puerta. Hubo un largo silencio. El mozo había comenzado á quitarse la zamarra, que traía empapada. Su padre interrogó:

—¿Qué haces, hijo?... ¿No acabas?...

Volvió la cabeza. Inmediatamente, con un gesto de sorpresa, agregó:

—¿Quién viene contigo?...

Y se puso de pie. Juan Pedro lanzó un grito desgarrador, sobrehumano. Desorbitados sus ojos, fueron de un lado á otro.

—¿Qué dice usted?—rugió.

El padre repitió, frunciendo los párpados, porque no alcanzaba á ver bien:

—¿No viene contigo una mujer?...

Aunque borrosamente, distinguía al lado de su hijo una mujer, ó, mejor dicho, una sombra de mujer; una silueta exangüe, ingrave, lívida... El

viejo iba á descolgar el candil para mejor alumbrarse; pero no pudo, porque el asombro le detuvo la mano. Juan Pedro, los cabellos erizados, los brazos en cruz, repetía:

—Ya la veo..., ya la veo..., ¡ya la veo!...

Cayó de rodillas, con una violencia que estreñeció los muros, y en seguida dió de bruces contra el suelo. Después, con ademanes desatentados, se incorporó, abrió la puerta y desapareció en la tiniebla del campo. Una avendavalada ráfaga de viento y de lluvia invadió la choza y mató la luz.

Juan Pedro vagó toda la noche; y cuando al siguiente día se presentó en el pueblo era tal el desconcierto de sus actitudes y palabras, que las gentes hufan de él.

Fué detenido por loco.

De esto hace más de trece años, y en el manicomio está todavía.

EDUARDO ZAMACOIS

DIBUJOS DE BARTOLOZZI



LA ARQUITECTURA MODERNA EN MADRID
 Una obra notable del malogrado arquitecto Leonardo Rucabado



D. LEONARDO RUCABADO

La Arquitectura ha sufrido en Madrid una honda transformación en pocos años; transformación que ha tenido por resultado dotar á la capital de España de sin número de magníficos edificios.

El notabilísimo y malogrado arquitecto Leonardo Rucabado, arrancado á la vida en la plenitud de sus facultades, cuando mayor era su entusiasmo y había logrado cristalizar en un edificio admirable sus aspiraciones de resurgir un estilo puro arquitectónico español, ha sido el autor del proyecto del edificio que nos ocupa.

Ya en el VI Congreso Nacional de Arquitectos, reunido en San Sebastián en 1914, presentó una ponencia en unión de otro ilustre compañero suyo, en la que defendía con valor su idea de resurgir el estilo clásico español, de tener un arte propio que definiera claramente nuestra arquitectura, para lo que en España se contaba con sobrados medios.

Uno de los extremos de la citada ponencia decía así:

«Las prácticas para la instauración del arte arquitectónico español tendrán, por inspiración esencial, los estilos históricos nacionales, con las naturales adaptaciones de lugar y época...»

Estas eran sus palabras, é inmediatamente las puso en práctica en el edificio que el ilustre senador del Reino D. Tomás de Allende y Alonso le encargó construir en Madrid, en la plaza de Canalejas, esquina á la Carrera de San Jerónimo.



D. TOMÁS DE ALLENDE Y ALONSO

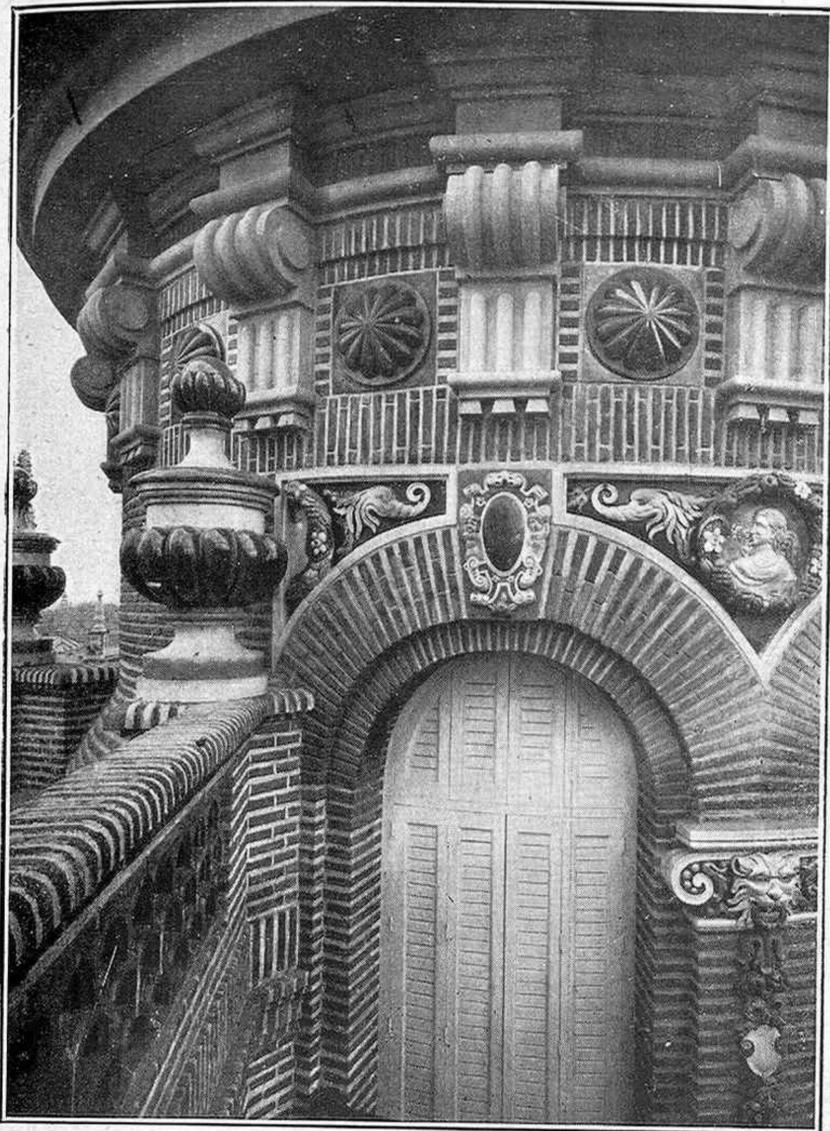
En dicho edificio, hoy ya completamente terminado, admiración de cuantos lo contemplan, técnicos y profanos, se ven altas columnas gigantes, las conchas salmantinas en los paramentos de ladrillo, una solana montañesa, elementos «renacientes» y tendencias barrocas, envuelto todo en una elegancia y una riqueza de líneas completamente moderna y europea. Este edificio representa la expresión más exacta del pensamiento del malogrado artista, que defendió sus ideas llevándolas á la práctica con un sentido y propiedad admirables, marcando un estilo á seguir en el resurgimiento de la Arquitectura española. ¡Lástima grande que el insigne arquitecto no haya podido ver terminada una obra en la que tenía puestas todas sus más queridas ilusiones! Continuadores de la importante labor de reflejar fielmente el pensamiento de Rucabado, después de su muerte, fueron los jóvenes arquitectos D. Ramiro Sáiz y D. Pedro Cabello, que, en unión del contratista de la obra, D. Celestino Madurrell, pusieron á contribución su gran inteligencia y talento para coronar felizmente la obra del insigne artista desaparecido.

ooo

Al hablar de este edificio, en el que se ve resurgir un estilo que podríamos llamar nuevo, marcando un derrotero á seguir en la Arquitectura moderna española, se hace preciso fijar la atención en la persona del propietario del nuevo edi-



Vista general del edificio y escudos en hierro que lucen en los balcones



Detalle de las torres



Detalle de las vidrieras artísticas

tectónico, al que, gracias á su desprendimiento, ha logrado marcar nuevos derroteros.

D. Tomás de Allende y Alonso cuenta también con una bonita historia política. Fué diputado en 1896 por el distrito de Riaño (León); después fué senador por León siete legislaturas consecutivas. En las últimas Cortes fué elegido por Soria para ostentar su representación en la Alta Cámara, y en las actuales trae también la representación parlamentaria por el mismo distrito, donde tiene gran arraigo, habiendo adquirido en Soria el magnífico palacio de los condes de Gomara, que puede considerarse monumento nacional, que estaba á punto de ser destruído, y en el que ha gastado grandes sumas para su restauración.

Toda la vida de D. Tomás de Allende nos muestra su constante laboriosidad, acendrado patriotismo y gran simpatía, por lo que goza del más sincero afecto de cuantos le tratan, y á cuyas dotes debe el constante éxito de su vida.

Todo en él es amor á España, al arte y al trabajo; cualidades que le hacen una de las personas más valiosas de nuestra Nación.

RAFAEL GAY

ficio, D. Tomás de Allende y Alonso, cuya figura se destaca con extraordinario relieve.

El Sr. Allende, que posee una de las más fuertes fortunas de Bilbao, es una persona atrayente y simpática, no sólo por su agrado y su sencillez natural, sino porque además lleva en el fondo un verdadero altruista, que dedica sus energías y su capital al engrandecimiento patrio en todos sus órdenes, tanto en el industrial, colocando sus capitales en empresas genuinamente españolas, como en el orden pedagógico, como lo demuestran las magníficas escuelas que costeó en su pueblo natal, la villa de Burón, á las que dotó de los mejores elementos de enseñanza moderna, y, por último, en el orden artístico. Ahí está, para atestiguar nuestras palabras, el magnífico edificio de la Carrera de San Jerónimo, para cuya construcción dió carta blanca al insigne Rucabado, en una época en que todo el mundo se retraía de la construcción, tanto por la enorme carestía de los materiales, como por las grandes dificultades que surgían continuamente á causa de la situación social.

El edificio, por fin, está terminado, y es una prueba palpable de la protección que el señor Allende dedica al arte, especialmente al archi-



Detalle de la fachada



Detalle de la fachada

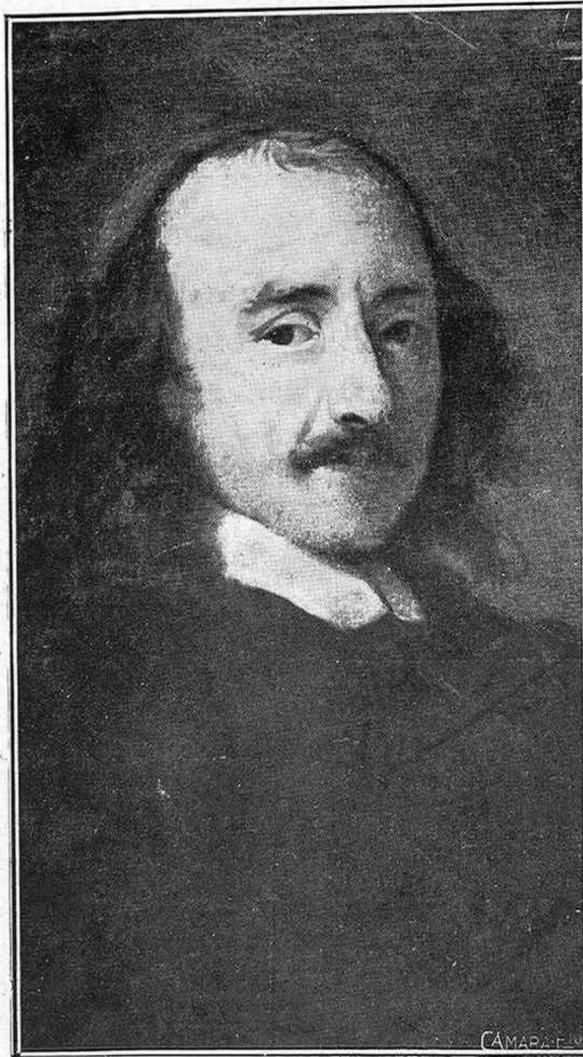
UNA TRAGEDIA ENTRE BASTIDORES
EL ÚLTIMO AMOR DE CORNEILLE

He aquí cómo una tragedia de entre bastidores es harto más cruenta que la que representan los cómicos en el tablado: Un poco fragmentariamente llega todo ello á nosotros. En el Registro del administrador La Grange, que es el primer documento de los anales del Teatro de la Comedia Francesa, se lee: «4 de Marzo de 1667.—*ATILA, pieza nueva del señor Corneille, el mayor, por la cual se le dieron en firme 2.000 libras.*» Después de diez días, en que sólo se consigna la cifra de los ingresos que producía la representación de *Atila*, se encuentra esta nota: «*La señora du Parc se ha separado de la Compañía y ha pasado al Hotel de Borgoña, donde ha comenzado á representar la Andrómaca, de Racine.*»

Esta breve noticia quedaría plenamente comentada con agregar que cuando ello acontecía tenía Corneille sesenta y un años y Racine contaba sólo veintiocho. Acaso no se necesitaría más para dar la sensación cruel de la espantable tragedia, sino reproducir aquel admirable retrato de Racine que Anatole France traza en su obra *El genio Latino*: «Era el joven poeta de espíritu flexible y tenía el don de agradar. Sabía conversar sobre toda suerte de asuntos y no hablaba nunca de sus obras. Era guapo; atraía su fisonomía, alegre y franca. Tenía la nariz puntiaguda, acerada: la nariz de los osados; la boca irónica y voluptuosa, y una gran ternura en la mirada.»

¿Encontráis ahora justificada la defección de la señora du Parc? Si habéis leído á Corneille, recordaréis la ternura, la efusión amorosa, el ardiente enamoramiento de sus endechas á la marquesa. Y esta marquesa no tenía título nobiliario ninguno, pero sí llevaba ese mismo nombre; era Marquise-Therese de Gorle, una lindísima muchacha, de gentilísima presencia y belleza nada común, á la que el comediante Renato Berthelot, llamado du Parc, había hecho su mujercita y á la que había convertido en actriz muy notable. El matrimonio du Parc había entrado en la Compañía teatral que dirigía Molière. La había conocido Corneille hacía nueve años y la había amado tiernamente. Para ella escribió muchas de sus obras. Era la musa de su senectud; había de ser también la afrenta de sus nobles canas.

Esta mujer portentosa, cuya belleza no se marchitaba con el pasar de los años, jugaba el



CORNEILLE, por Le Brun

papel de la Fatalidad en la vida del poeta viejo, cuya gloria se obscurecía, y en la vida del poeta nuevo, que, famoso desde su primera obra, había conquistado la estimación del Rey—que ya se olvidaba de pagar á Corneille la subvención que le daba—y la admiración de Boileau, el crítico y preceptista.

Efectivamente, Racine había llevado su primera obra al teatro de Molière, y allí se estrenó con gran éxito. ¿Qué intrigas de entre bastidores, qué despechos ó celos de Corneille, qué impacencias de Racine produjeron el escándalo de que el poeta novel autorizara á la Compañía del Hotel Borgoña á representar la misma obra, y de que durante varios días se representara ésta en dos teatros á la vez? Pero Racine hizo algo más: convirtió á Boileau en enemigo de Molière, de su Compañía y aun de su autor, Corneille, á quien tanto había elogiado. Finalmente, sedujo á la señora du Parc, y le dió su corazón y la hizo protagonista de sus obras, mientras el pobre Corneille, envejecido y decadente, sin actriz y sin inspiración ya, era afrentado por Boileau.

París mismo aplaudió la versatilidad de la comedianta. Boileau la justificó lanzando sobre Corneille el epigrama que se hizo popular:

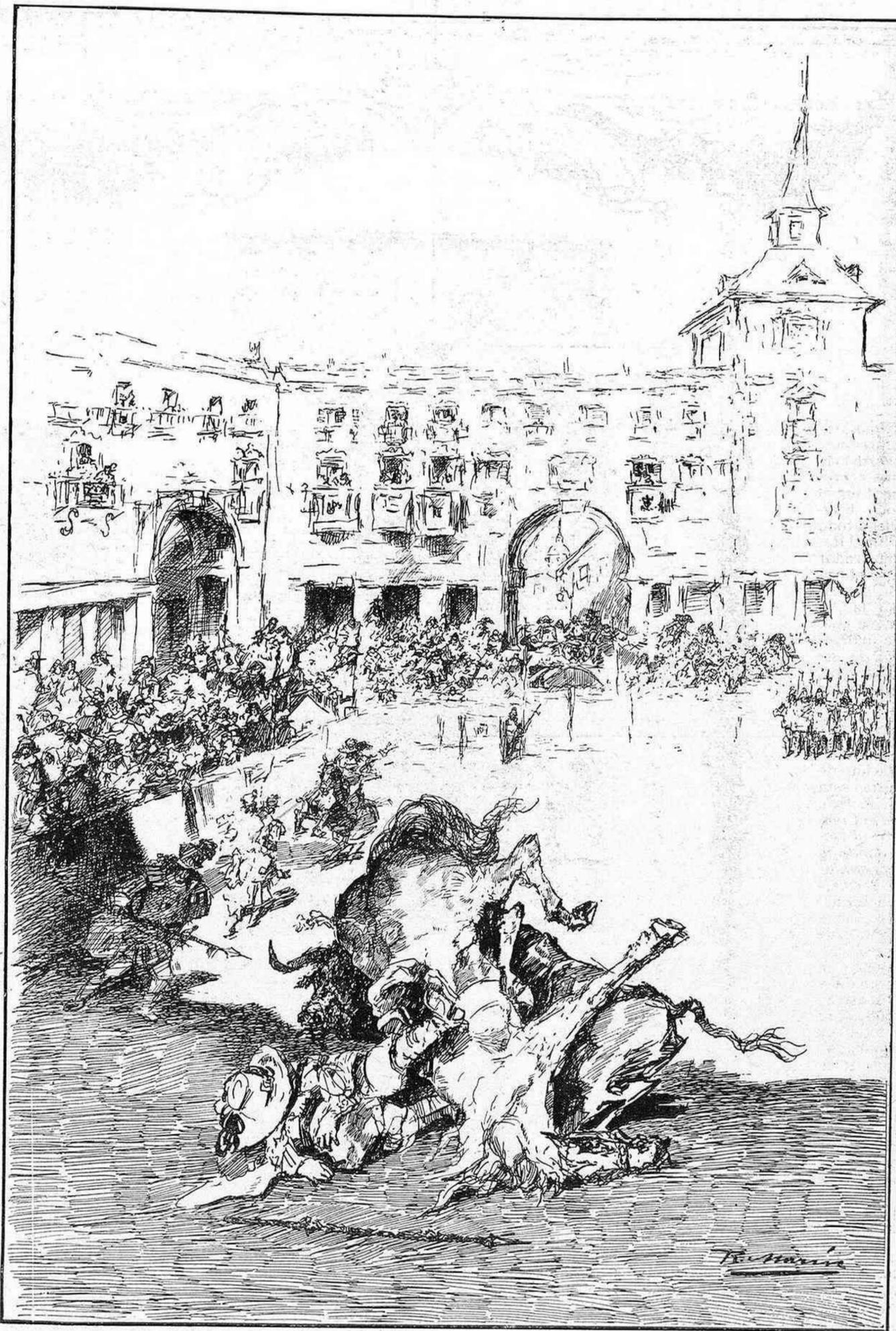
Après *Agésilas*
 hélas!
 mais après *Attila*,
 hélas!...

aludiendo con ella á la pertinacia con que Corneille seguía escribiendo obras en la decadencia de su envejecimiento. El gran trágico, que gozara medio siglo de la mayor popularidad que había conocido Francia, asistió, acertando apenas á disimular su dolor, á la tragedia de su senectud. Boileau tenía razón. Después del triunfo clamoroso del *Cid* y de otras obras, el público asistía compadecido á los estrenos con que le brindaba su gran autor. Tras la decadencia que marcaban *Agésilas* y *Atila*, siguieron los fracasos de *Tito y Berenice*, *Psyché*, *Pulchérie* y *Suréna*. Al mismo tiempo la fama de Racine aumentaba hasta llegar á ser el ídolo de París. El Rey, al despertar cada mañana, preguntaba por él y le hacía pasar á su alcoba y á su tocador, y poníase de mal humor cuando el poeta no acudía á entretenerle y alegrarle.

Corneille, en cambio, más amargado por la traición que hiciera á su corazón la comedianta, que por el agravio que, olvidándole y desdenándole, hacían los parisienses á su vanidad, tornóse iracundo y se hizo sordido, hasta el punto de hacer creer á las gentes que vivía pobremente. Sabida es la anécdota, contada por Teófilo Gautier, del zapatero que blasfemó del Rey, porque Corneille tenía necesidad de recomponer su calzado varias veces.

No tuvo, sin embargo, una palabra ni una estrofa de recriminación para la comedianta que destruyó la paz y la alegría de su ancianidad. No tuvo una queja del Rey, que le olvidaba después de haber sido gala de su Corte y honor de Francia. En su corazón sólo germinó el odio del poeta que le había robado estos dones apolíneos, que nos están vedados á los miseros prosistas y á los espíritus vulgares: la Musa hecha carne viva, palpitante de amor, y la Fama del poeta, que cuando atraviesa la ciudad ó recorre los campos escucha sus versos, recitados como un murmurio de rezo, por labios femeninos, y ve temblar lágrimas de emoción en los ojos de las bellas.

AMADEO DE CASTRO



¡Qué galano entra Verger
en un potranquillo negro,
que en lo veloz y sutil
le da pesares al viento!...
Trae su merced tantas galas
y de tan costoso precio,
que más que alguacil de Corte
parece prócer flamenco.
Con un broche de diamantes
prende el ajoso chapeo,
y con diamantes se abrocha
las aldas del ferruuelo;
de diamantes guarnecido
está el pomo de su acero,
y en diamantes una empresa
lleva bordada en el pecho.
Acaso por esto ha dicho

algún maldiciente ingenio,
que entra galano Verger
en la palestra, luciendo
diamantes que fueron antes
de amantes de su martelo.

....

Muy fachendoso y gallardo
da una vuelta por el ruedo,
haciendo que su corcel
repiquee en el suelo
como una marcha triunfal
llena de marciales ecos
y de indómitos compases
la apostura de su dueño.
Bajo el balcón de los Reyes
detiene al bruto, y haciendo

una gentil reverencia
parte enseguida a los medios,
porque suenan los clarines
dando a la fiesta comienzo,
y un toro de Colmenar
pisa la arena, soberbio.
Verger acosa a la fiera
con tal brio y tal denuedo,
que ante tanta gallardía
queda el gentío suspenso.
El toro, que su bravura
ve tenida en tal desprecio,
se arranca y al paso sale
del bizarro caballero;
pero éste, con gran destreza,
hace un limpisimo sesgo
y quiebra sobre la bestia

su rejoncillo de acero.
Un grito de admiración
lanza entusiasmado el pueblo,
y en rededor del valiente
tira capas y sombreros.
Pero, ¡vive Dios!, que nunca
se ha visto triunfo completo,
que a espaldas de la victoria
está el fracaso en acecho.
Cuando ya el bravo se aparta
dejando al torillo, ciego
de dolor y de coraje,
resbala el potrillo negro
y caen en montón informe
jinete y caballo a un tiempo.
Arráncase el toro entonces,
y antes de que acuda presto

algún peón que le engañe
con el haldá del sombrero,
cóbrase bien el agravio
sobre el caído indefenso.
Un grito de horror salido,
de centenares de pechos,
atruena otra vez los ámbitos:
piensan que Verger es muerto.
Tan sólo Villamadrina,
aquel maldiciente ingenio,
dice a modo de refrán,
cinico, como sus versos:
Toro, pues no le conoces,
debes de ser forastero.

DIEGO SAN JOSÉ
DIBUJO DE MARÍN

EL ENGAÑO DEL REFINAMIENTO



LA hoja del chopo es esmeralda por el anverso y plata por el reverso, y del mismo modo unas palabras idénticas pueden tener contrario sentido. Decía el santico de Asís: *Yo deseo poco y este poco lo deseo muy poco.* No cabe llevar la renuncia más al extremo. En cambio,

esas archialquitaradas criaturas de los ultracivilizados ambientes, que no quieren sino un poquito de cada cosa y un sorbo de té, una lucecilla velada por una pantalla densa, una leve bocanada de humo, pocas flores en un búcaro no común, el mueble estilizado en su fragilidad, y hasta la naturaleza de su cuerpo, con el alarde de picotear con pinzas las cejas, reduciéndolas á un acento, y con la exigüidad del vestido, llegaron dichos exhaustos seres á un desinterés gemelo del de San Francisco, sólo que en ellos proviene de la hartura su no ambición y experimentan con fatiga cuanto el venerable fraile sentía por adelantado; es decir, sin el desengaño de acariciar las sensualidades por fuera, sino habiéndolas analizado espiritualmente en su interior.

Desde la misma cumbre, el asceta ve la serenidad, y los descontentadizos el hastío. Sin em-

bargo, pocas privilegiadas gentes preferirían la actitud del monje, sin comprender que la experiencia y el refinamiento le corresponden en premio á su pureza. Por lo que respecta á la *petite femme*, en que podríamos simbolizar el decadentismo, musa y sacerdotisa del culto del matiz, compadezcámosla, bien que con admiración, ya que su estilizada elegancia significa la pérdida de su abolengo humano y natural, como las muchas perlas de un collar contienen menos calidad suya que una sola perla dentro de su concha, en el fondo del mar, entre los elementos que la originaron.

Deberíase ensayar una terapéutica que devolviese á los enfermos de exquisitez el equilibrio saludable. Constituyendo en definitiva su dolencia un lógico y plausible honor á la grosería y la mediocridad del vulgo, no consideramos oportuno conducir de nuevo á los solitarios al bullicio

sol. Un baño del resplandor de las estrellas. Un baño de perfumes primaverales. Un baño de murmullos de la selva. Un baño de silencio. Un baño, sí, incluso un baño de revolcarse en la polvareda de los caminos...

Si pudiera escandalizarse de algo, la *petite femme* protestaría, entre horrorizada y sarcástica, contra nuestro plan curativo. Y es que ignora cómo el desaliento que resulta de una vida desperdigada en galanterías y amorsos lo resuelve con su entusiasmo heroico un gran amor. De igual manera, el engañoso juego de los pequeños y múltiples artificios se redime con la realidad. El cangilón vacío en lo alto de la rueda tiene que sumergirse otra vez en las profundidades de la noria, si ha de seguir vertiendo su pródiga abundancia...

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

DIBUJO DE KI-KÓ

del agora. Por el contrario, continúen en su soledad. Pero no encastillándose en la torre de marfil, en los cenáculos de iniciados, en el *boudoir*, que alteraría el vuelo de una mariposa. Retornen gradualmente á la Naturaleza. Un baño de agua, y no en la piscina de porcelana. Un baño de

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

J. C. WALKEN FOTÓGRAFO
Sevilla, 16

Agente de "Prensa Gráfica" en Méjico, **D. Nicolás Rueda**. Avenida del Uruguay, 55. Apartado de Correos 2.546.

Para toda la publicidad extranjera en "Mundo Gráfico" y "La Esfera", dirigirse á la Agencia **Havas**. 8, Place de la Bourse, París; 113, Cheapside, London E. C., y Preciados, 9, Madrid.

"La Esfera" y "Mundo Gráfico". Unicos agentes para la República Argentina: **Ortigosa y C.^a**, Rivadavia, 698, Buenos Aires. Nota: Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes **Sres. Ortigosa y C.^a**, únicas personas autorizadas.

Delegación de "Prensa Gráfica" en Portugal, **don Alejo Carrera**. Rua Aurea, 146, Lisboa, y rua Santa Catalina, 53, Oporto.

Para anuncios y suscripciones dirijanse á las delegaciones de "Prensa Gráfica" y "El Sol" en **Baleares y Cataluña** (Ibiza, Formentera, Ca-

brera, Mallorca y Menorca.-Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida), á Barcelona, Rambla de Canaletas, 9. Director: **D. Joaquín Montaner**.

En **Andalucía** (Córdoba, Sevilla, Huelva, Cádiz, Málaga, Granada, Jaén y Almería), á Sevilla, calle de Albareda, 16. Director: **D. Ramón García Lara**.

En las **Vascongadas y Navarra** (Alava, Vizcaya y Guipuzcoa.-Navarra), á San Sebastián, calle de San Ignacio de Loyola, 1. Director: **D. Pedro Garicano**.

En **Levante** (Valencia, Castellón, Alicante, Murcia y Albacete), á Valencia, Plaza de Canalejas, 2. Director: **D. Ambrosio Huici**.

En **Burgos y Palencia**: á Burgos, Plaza del Duque de la Victoria, 14. Director: **D. Joaquín Arrarás**.

En la Zona Española del Protectorado de **Marrocos**: á Tetuán, Plaza de España. Director: **D. Antonio Got**.

NOVELAS
EMOCIONANTES

DELITOS DE AMOR

POR

E. CONTRERAS Y CAMARGO

UN TOMO DE INTERE ANTÍSIMA LECTURA

Acaba de ponerse á la venta en todas las librerías



Remington UMC

Rifles y Cartuchos calibres 38 y 44

Entre los aficionados al deporte de la caza hay demanda para un rifle de tamaño mediano y precio módico, que a la puntería certera reuna la propiedad de hacer segura la presa. El rifle de repetición Remington UMC, de once tiros, calibres 38 y 40 y el calibre 44, son inestimables para el uso general. Exactos hasta una distancia de 200 yardas.

Remington UMC
La Marca Preferida

Solicite esta marca a los comerciantes en su localidad.

Se envía catálogo a quien lo solicite. Se ruega al interesado que escriba su dirección con claridad.

REMINGTON UMC

C-1

THE REMINGTON ARMS UMC COMPANY
233 Broadway Nueva York

PARÍS Y BERLÍN
Grand prix et Medailles d'Or

BELLEZA

No dejarse engañar y exijan siempre esta marca y nombre BELLEZA (Registados)

DEPILATORIO BELLEZA Tiene fama mundial porque es inofensivo y lo único que quita de raíz, por fuerte que sea, el vello y pelo de la cara, brazos, etc., sin perjudicar el cutis, por delicado que sea. Resultados rápidos, prácticos y sin molestia ninguna.

Es el ideal RHUM BELLEZA Fuera canas
A base de nogal. Basta unas gotas durante pocos días para que desaparezcan las canas, con extraordinaria perfección. Usándolo una ó dos veces por semana, se evitan los cabellos blancos, pues devuelve al cabello, sin teñirlo, la substancia que le da vida y color, haya sido rubio, negro ó castaño. Es inofensivo hasta para los herpéticos. No mancha. Se usa lo mismo que el ron quina.

POLVOS BELLEZA (selectos é higiénicos) Por su calidad superfin, distinguido perfume y adherencia al cutis, son los mejores que existen. Se venden Blancos, Naturales, Rosados, Rachel claro y Rachel obscuro.



CREMAS marca BELLEZA (líquida ó en pasta espumilla). Última creación de la moda. B. ancura, hermosura y conservación del cutis, sin necesidad de usar polvos. Son deliciosas é inofensivas (blanca ó rosada).

LOCION BELLEZA Para el cutis. La mujer y el hombre deben emplearla para la juventud natural del rostro y firmeza de los pechos en la mujer. Las personas de rostro envejecido ó con arrugas, granos, erupciones, barros, pecas, asperezas, manchas, etc., á las 24 horas de usarla se bendicen. Evita el crecimiento del vello. Es inofensiva. Deleitoso perfume.

TINTURA WINTER Marca belleza. Con una sola aplicación desaparecen las canas; cabello, barba ó bigote, hermoso castaño ó negro. Es la mejor y más práctica.

PELÍFERO BELLEZA (vegetal) Detiene inmediatamente la caída del cabello. Hace reacer el cabello á los calvos, por rebeldía que sea la calvicie. Cabeza sana y limpia e caspa.

De venta en perfumerías de España, América y Portugal.—En Buenos Aires, **A. García y C.^a**, calle Cerrito, 393.—En Habana, droguería de **Sarrá**.
FABRICANTES: Argenté, Costa y Cia., Badalona (España).

¡EL AFAN DE LOS NIÑOS!

por la **NESFARINA**

y su satisfacción cuando la toman es su mejor elogio.



"Entre los alimentos complementarios que pudiera idear el médico, el puericultor ó el sociólogo, ninguno como la NESFARINA."—Dr. Royo Villanova

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á Hermosilla, número 57.

UNA CAJA DE VERDADERAS **Pastillas VALDA**

BIEN EMPLEADA Y A SU DEBIDO TIEMPO DEFENDERA

vuestra **Garganta**, vuestros **Bronquios**
vuestros **Pulmones**

COMBATIRA

vuestros **Constipados, Bronquitis, Gripe, Trancazo, Asma, Enfisema**, etc.

PERO SOBRE TODO Exigid expresamente **LAS VERDADERAS PASTILLAS VALDA**

que se venden unicamente **EN CAJAS** con el nombre **VALDA** en la tapa y nunca de otra manera.

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van siempre acreditados en forma que no quede duda de la legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato alguno con quienes no tengan autorización reciente, carnet de identificación de la casa, sellado con el sello de la misma y firmado por el Administrador Delegado, ni satisfagan el importe de los recibos que les presenten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, garantizados sus intereses por nosotros, que no podemos responder de más gestiones que de las encomendadas á nuestros representantes debidamente autorizados.

CONSERVAS TREVIJANO

LOGROÑO